



El opio del pueblo

Crítica al modelo de ocio y fiesta
en nuestra sociedad

Pablo San José Alonso
Grup Antimilitarista Tortuga

Título: El opio del pueblo. Crítica al modelo de ocio y fiesta en nuestra sociedad

Autor: Pablo San José Alonso

Edición original: Grup Antimilitarista Tortuga, Alacant, diciembre 2014

Contacto para encargos: paraeta@grupotortuga.com

Libro disponible en internet:: <https://grupotortuga.com/El-opio-del-pueblo-Critica-al>

Índice:

Prólogo

Hasta que el cuerpo aguante

Viviendo para el fin de semana

La eterna juventud ya no es un mito

Una fiesta permanente

Sentirse diferentes para ser todos iguales

Menos batucadas y más *dolçaina i tabalet*

Consume, joven, consume

La narcosis colectiva

Folleu, folleu, que el món s'acaba

Enamorados de la insania

La fiesta no es para viejos

Concluyendo

Prólogo

A diferencia de lo que sucedía hace década y media, no quedan hoy muchos colectivos en el estado español dedicados, de forma más o menos específica, al tema antimilitarista. El final del servicio militar obligatorio y de las campañas de insumisión hizo que este movimiento social y su tarea pasaran a un segundo plano mediático. El Grup Antimilitarista Tortuga, del que el autor de este ensayo forma parte desde su creación, es uno de los supervivientes. La verdad es que en Tortuga nunca hemos perdido la ilusión y la fe en lo que hacemos. Pensamos que también hemos sido capaces de construir un ámbito en el que, además de activistas contra el militarismo, somos amigos. Pero, a pesar de tales cosas, cabe dudar de que el grupo hubiera llegado como tal a la actualidad si no hubiese sido capaz de reinventarse y de profundizar en su inquietud antimilitarista, vinculando esta lucha parcial con la más radical (en el sentido de ir a la raíz de las cosas) de transformar la sociedad en su conjunto.

A medida que algunas nos hemos ido haciendo mayores, y también nos hemos renovando generacionalmente como colectivo, poco a poco nos ha ido surgiendo una duda. ¿Qué sentido tiene lo que hacemos? ¿Estamos realmente cambiando algo? ¿Qué podemos hacer, en tanto pequeño, minúsculo, colectivo para contribuir de verdad a la profunda transformación social que anhelamos?

Esta inquietud, que nos pica desde casi siempre como mosca cojonera, ha ido influyendo poco a poco en el formato del grupo. Así, junto al trabajo activista, se ha ido desarrollando y ha ido haciéndose su hueco en nuestras reuniones, una importante dimensión analítica y reflexiva. En la actualidad, las asambleas de Tortuga combinan el necesario espacio de coordinación de tareas y de desarrollo de los vínculos humanos, con el de formación a muy diferentes niveles, y debate sobre la realidad que nos rodea y sobre la lucha política en general.

Este esfuerzo poco a poco ha ido cristalizando en la elaboración de un material formativo, creado desde el grupo para formarnos internamente primero y para compartirlo gratuitamente con la sociedad después. Guiones de charlas, talleres de asamblearismo y toma de decisiones por consenso, de regulación/resolución de conflictos, de acción directa no violenta, sobre obediencia y desobediencia, de comunicación asertiva-no violenta, de objeción fiscal al gasto militar etc (ver en <https://grupotortuga.com/Recursos-Formativos-Talleres-y>).

También, en ese proceso, vamos reflexionando sobre los acontecimientos que suceden a nuestro alrededor: la crisis, los desahucios, la izquierda, la convocatoria de huelgas generales, la evolución del control social... Tratamos de interpretar grupalmente todos esos hechos para descubrir cuales podrían ser nuestras respuestas, las actuaciones más eficaces a nuestro alcance. En general estas reflexiones las vamos llevando a cabo poco a poco, sin prisas, de la forma más compartida posible. Lo hacemos en tertulias de sobremesa y también en reuniones monográficas, apoyándonos en materiales y textos propios y ajenos. Por ello, se puede decir que el resultado de estos debates, que queda plasmado en los numerosos editoriales de nuestra página web (grupotortuga.com), o en documentos amplios que hemos divulgado sobre temas, por ejemplo, lo que sería la propuesta del socialismo autogestionario noviolento, el sistema penal-penitenciario actual o el estado de bienestar, reflejan una opinión colectiva del Grup Tortuga largamente trabajada y consensuada. Un reciente fruto práctico de estas reflexiones es la puesta en marcha de la cooperativa autogestionaria El Sacre, en Elx, en la que participan buena parte de los integrantes del grupo.

Por eso, cuando, por cuestiones anecdóticas que se mencionan páginas adelante, a un miembro de nuestro grupo se le ocurre escribir alguna cosa sobre el modelo de ocio y fiesta en nuestra sociedad, cabe entender que esa reflexión es en todo deudora del trabajo analítico y formativo que hemos realizado grupalmente con anterioridad. Los asuntos que se tratan a continuación son consecuentes con, son desarrollos y profundizaciones concretas de temas que han sido largamente abordados entre nosotros. Por tal razón el primer borrador del escrito es compartido, es puesto en común en la asamblea de Tortuga, a fin de que pueda ponerse en marcha un proceso de reflexión conjunta que desemboque, al igual que en otras ocasiones, en un nuevo documento. Éste, teniendo al primero como punto de partida, habría de separarse de él lo suficiente como para incorporar la visión de conjunto, plural, reflexionada, debatida y consensuada de todo el colectivo.

Pero, sorprendentemente, este texto es acogido por la gente de Tortuga con bastantes reticencias. Se juzga de entrada como demasiado personal y difícilmente consensuable. Casi todo el mundo, estando de acuerdo con el conjunto de lo expresado, con las ideas generales, encuentra alguna o algunas afirmaciones que no comparte, que relativizaría, que diría de otra manera... Algún punto de vista o dato a faltar. Hay a quien le disgusta el tono, que ve demasiado duro, prepotente, en ocasiones paternalista, moralista... Hay quien entiende que algunas expresiones son innecesariamente punzantes y ofensivas. Nos quedamos extrañados al constatar que, al contrario que las veces anteriores, en las cuales también había sus disensos, esta propuesta de reflexión y nuevo texto de Tortuga, nos crea, incluyendo a su autor, una suerte de incomodidad, de desazón, de emoción desagradable.

Y sin embargo, como se dice, estamos francamente de acuerdo con las ideas generales del texto. No solo eso; somos conscientes de que éste es un tema tabú del que no se suele hablar en la izquierda, en la que tanta falta de autocrítica hay. Mucho menos en el resto de la sociedad. Y que es importante que estas cosas sean dichas, porque, sean juicios y propuestas más o menos acertadas y afinadas, estén mejor o peor escritas, sí pueden dar lugar a enriquecedoras reflexiones y tomas de conciencia. Nos damos cuenta de que precisamente en Tortuga estamos pecando de esa falta de autocrítica que atribuimos a la izquierda. Porque otras ocasiones no nos ha sido emocionalmente complejo abordar temas como la prisión, el capitalismo, el estado, el antimilitarismo... que, quiérase o no, no dejan de ser eminentemente teóricos, por mucho que de las conclusiones de la reflexión puedan surgir tácticas y estrategias. En cambio, este otro tema enjuicia de forma directa las cosas que hacemos nosotros y nosotras mismas en nuestra vida personal, en nuestra cotidianeidad: nuestra manera de divertirnos, nuestras adicciones, nuestros patrones de consumo, nuestra sexualidad... Ese espacio íntimo, privado, a salvo de críticas del que nunca se habla en los círculos políticos. A modo de espejo, delata crudamente nuestras propias contradicciones.

El texto final, bastante modificado y ampliado con respecto al borrador inicial, va rubricado por su autor, como miembro del Grup Antimilitarista Tortuga, y con el aval del mismo. Ese fue el acuerdo. Y es un buen acuerdo ya que, si bien el ensayo está escrito en primera persona, con el estilo áspero y directo de Pablo y expresa buena parte de sus opiniones e intuiciones personales, como se decía, todo él se origina y enraíza en reflexiones anteriores del grupo. No solo eso. Ha sido corregido y modificado con largas aportaciones escritas al texto original (gracias Julia, gracias Paula) y las que otras personas han sumado de forma verbal. En la revisión definitiva se recogen por último las opiniones, críticas y sugerencias realizadas por todos en la asamblea monográfica que el grupo realizó en casa de Julio en L'Alcoraia para trabajar el texto de forma conjunta.

Esperamos que sea de aprovechamiento y se piden disculpas por adelantado si a alguien resulta injusto u ofensivo lo que se dice.

Grup Antimilitarista Tortuga.

Hasta que el cuerpo aguante

*Hasta que el cuerpo aguante
seguiré viviendo tal como soy*

Mago de Oz

Era un jueves por la tarde. Teníamos la reunión mensual de la cooperativa. La reunión se había cambiado de hora, con las consiguientes molestias, a petición de uno de los integrantes más jóvenes. Sin embargo, éste telefoneó breves instantes antes de que diera comienzo, y disculpó su asistencia. Al término de la asamblea, caminando de vuelta a casa junto a otros dos miembros jóvenes del grupo, éstos me animaron a acompañarles a un local de ocio nocturno en el que se estaba realizando una Jam Session, que, según dice la Wikipedia, es "un encuentro informal de improvisación musical". Había bastante gente en el bar, y entre ella estaba, ¡oh sorpresa!, quien se había disculpado por no poder acudir a nuestra reunión. Por cierto que estaba perfectamente vestido y arreglado, y evidentemente dispuesto para una noche de fiesta. Fue en este momento, y por este detalle de mínima significación, cuando me vino una especie de inspiración, y se me ocurrió que estaría bien pararse a pensar en la relación entre modelo de fiesta, modelo de persona y modelo de sociedad. Sobre todo aplicándolo a los individuos y grupos que se supone que queremos transformar el mundo en que vivimos. Especialmente para este tipo de gente, entre la que me incluyo, redactó este escrito.

Era un domingo por la mañana. A las once. Asamblea y convivencia mensual de los distintos subgrupos del colectivo político asambleario. Compartimos la comida, y por la tarde una tertulia con gentes que están en otros proyectos. Mejor vamos a poner que hablo de varios domingos (o sábados), y así enlazo más hechos: Quienes en lugar de estar a las once, llegan a las once y media. Además llegan sin prisas, con ganas de saludarse y con escaso chip de tomar iniciativas y de sumergirse en el ritmo de una reunión. Quien se levantó tarde y aparece a las doce, a la una... Quien no aparece porque se le ha olvidado, porque se ha despertado demasiado tarde, porque se ha despertado con dolor de cabeza (chicos, al final no pude ir a la asamblea, pero es que anoche se me hizo muy tarde y esta mañana cuando me he despertado no era persona...). Quien sí está a su hora, empujado por la responsabilidad, y el qué dirán en algún caso, pero con unas ojeras evidentes, la voz pastosa y las neuronas a medio gas, siendo generosos. Quien salió de casa con la hora pegada al culo y no le dio tiempo a traerse comida, por lo que le toca ausentarse de la convivencia para ir a comprarla en algún bar. Al término de la asamblea: fecha y horario de la próxima. ¿Qué os parece si

en vez de a las once quedamos a las diez, y así aprovechamos bien la mañana y podemos hablar sin prisas de todos los temas? No, es demasiado temprano para un domingo...

¿Qué tienen en común todos estos hechos, obviamente negativos para el colectivo y su asamblea? La fiesta de la noche anterior.

Una asamblea entre semana de un grupo político cualquiera. Faltan uno o dos de los integrantes más jóvenes. Es que tienen exámenes. Están a uno, dos, tres días o una semana de la prueba y todo tiempo es poco para estudiar. Sin embargo el pasado fin de semana (y al otro, y al otro) se les vio en los lugares habituales de la fiesta nocturna. Ni son todos los que están, ni están todos los que son, porque también se dan jóvenes sumamente estudiosos y preocupados por su porvenir, que ni de fiesta salen cuando hay exámenes. También los hay comprometidos con su organización política o social, que no disminuyen su participación por causa de los estudios. Pero lo mayoritario es lo que digo; que la reunión se abandone mientras que la fiesta no.

Todos estos hechos apuntan a la conclusión de que el salir de fiesta cada fin de semana no solo es de gran importancia para la juventud, sino que se convierte en una prioridad capaz de desplazar un buen número de cosas importantes. No son ni uno ni dos los jóvenes llenos de energía e ilusión que terminan abandonando diversas causas para subsumirse en un tipo de vida individualista presidida por el ocio. Tras un par de décadas de activismo político y social, tristemente lo he podido constatar con mis propios ojos en no pocas ocasiones.

Y no es que yo esté en contra de la fiesta y la diversión. No hay incompatibilidad, me parece, entre el compromiso, la implicación y la responsabilidad por una parte, y el divertirse en compañía por la otra. El problema está en determinar cual es el lugar, el momento y el peso específico que ha de tener cada una de esas circunstancias. Otro problema será dilucidar si el tipo y modelo de fiesta que nos propone el actual Sistema es enriquecedor o empobrecedor, para nosotros mismos y para la propia sociedad.

Viviendo para el fin de semana

Martes, miércoles, jueves... Que se acerca el finde, el weekend. La semana, apenas mediada, ya va doblando hacia esos días en los que monotonías, cotidianidades y responsabilidades, quien las tiene, van quedando superadas. Todo en la mente y en el espíritu se dispone para el momento de la fiesta. Viernes y sábado noche febriles, como decía la película, llenos de posibilidades. Hay, incluso, quienes no soportan la espera y ya el jueves noche convierten en velada lúdica, que además esa noche, estudiantil por excelencia, suele haber buenas ofertas de cerveza en los bares. Bares y locales que han comprendido a la perfección el fenómeno y que explotan para minorías ociosas el resto de días de la semana: lunes para cuentacuentos, martes para el club de la comedia, miércoles...

Cual si emergiera otra persona, una especie de alter ego, el estudiante no demasiado ocupado, el trabajador asalariado -este sí exigido por su empleador-, mudarán su vestimenta, su aspecto y olor corporal, su ritmo vital y su disposición anímica. La mejor versión de sí mismos para ser exhibida en la pasarela de la contemplación recíproca y estar a la altura del juicio que se espera.

A ello, en la parte visual, ayudará no poco que todo encuentro social, interpersonal o multitudinario, suceda bajo la cobertura compasiva de las sombras de la noche y de las luces indirectas, escasas y relampagueantes de los bares de copas. Es común que en estos sitios la instalación eléctrica esté diseñada para la ocultación y la apariencia, para que humildes ganapanes -o personas entradas en edad-, disimulen ojeras y arrugas y parezcan juveniles príncipes y princesas.

Igual que hay quienes se visten y maquillan para esconder michelines y patas de gallo, también los cansancios, desesperanzas y depresiones quedarán momentáneamente aparcados para resurgir con fuerza al término de los días festivos. A no pocos, varones por lo general, el campeonato de fútbol les ayuda a sobrellevar la larga tarde del domingo, tiempo de modorra y melancolía, antesala del lunes, ese día infausto en que el ciclo recomienza en el peor de sus dos rostros. "Odio el lunes, amo el viernes" leo en los displays de los aparatos personales de comunicación. Pero en el intervalo que dure la fiesta, y solo en sus fases interactivas, porque todo exceso, por otra parte, precisa sus tempos de recuperación, seremos necesariamente alegres, activos y sociables.

Y cuando digo "seremos", cómo no, incluyéndome, estoy pensando en un espectro social de dimensiones apreciables. Desde jovencitas quinceañeras semiuniformadas que recorren las calles de la noche en pandilla, ruidosa y alborozadamente, yendo de un bar a otro, muertas de frío en invierno, hasta cuarentones divorciados que se esfuerzan en imitar los gustos de sus hijos, en general con resultados discutibles. En cualquier momento de la noche, unas y otros se cruzarán al doblar una esquina, y casi todas las diferencias, de alguna forma, se difuminarán en virtud de su

común y efímera pertenencia al mundo noctámbulo, a ese grupo privilegiado que aquí y ahora está de fiesta mientras la mayoría duerme.

A lo largo de las páginas que siguen trataré de diseccionar este fenómeno tan propio de nuestra época y sociedad, el cual considero una buena piedra de toque para comprenderla. Mostraré sus distintos rasgos y sus enormes implicaciones, desde diferentes perspectivas, tratando de comprender su causalidad, su razón de ser.

Un previo. Aunque la mayoría de lo que se va a decir corresponde, en mayor o menor medida y con sus respectivos matices, a casi cualquier lugar del mundo occidental, para que cada detalle pueda ser justamente comprendido y bien contextualizado, he de advertir que, sobre todo, estoy pensando en los modelos de fiesta nocturna imperantes en las ciudades de las comarcas al Sud del País Valencià. Aclarado esto, anem al tema.

La eterna juventud ya no es un mito

Como es sabido, las empresas multinacionales no se conforman con vendernos sus productos, los cuales, al parecer, lo solucionan todo. También se empeñan en "vendernos" un estilo de vida. No hace demasiados años que una multinacional que fabrica yogurt nos convenció de que unas horas de gimnasio y una dieta esforzada y conveniente (con su yogurt, claro) podían retrasar nuestro reloj vital. Mantenerse jóvenes de forma perpetua y disponer de un físico envidiable se convirtió en la primera preocupación de no pocas personas. El "cuerpo danone". ¿Recuerdan? El mito de la eterna juventud por fin a nuestro alcance.

Y si, por lo que sea, no se dispone de un cuerpo joven y esbelto que atraiga miradas y deseos ajenos, tampoco es problema. La siempre floreciente industria textil transnacional ha puesto a nuestra disposición un inacabable fondo de armario, repleto de telas diseñadas y cosidas -no pocas por mano de obra semiesclava en el tercer mundo- para que disimulen o escondan nuestras formas corporales visualmente indeseables.

En el momento presente, por si fuera poco, el avance de la ciencia química permite a cuerpos de cierta edad, castigados por una semana de trabajo intenso, por una vida eminentemente sedentaria y poco sana, o por los estragos sicosomáticos de la infelicidad, aguantar toda una noche "a tope". Al contrario que en otras épocas, la juventud es obligatoria y la madurez algo a evitar, especialmente en lo estético y en la forma de comportarse socialmente. De la vejez ya ni hablamos.

Retrotrayéndonos en el tiempo, jóvenes de épocas y lugares no tan lejanos, a partir de los catorce años eran adultos casi por derecho. No en balde trabajaban la tierra, el ganado, la tienda, el hogar, el taller y la fábrica como el mayor que más, y eran pieza insustituible en la economía doméstica. Y no lo menciono, desde luego, por querer reivindicar la explotación laboral de la adolescencia, o la maternidad precoz, que también se daban en tales contextos. Sí, en cambio, por señalar las diferencias de madurez y de perspectiva vital que aprecio entre aquel joven implicado en la supervivencia propia y familiar, y el actual. En aquella sociedad la pauta a seguir era adquirir las condiciones de la madurez y, en ningún caso, quedarse detenidos en una suerte de juventud dilatada y prorrogable. La mirada sobre el hecho de ser persona joven o madura era muy distinta. La convivencia temprana con el trabajo responsable, a menudo en condiciones de escasez, favorecía una evolución rápida hacia la conciencia adulta y dotaba al individuo de una serie de aptitudes y actitudes que le capacitaban para la vida autónoma. Ésta, a diferencia del contexto actual, era siempre deseable y un objetivo a alcanzar mejor pronto que tarde.

Hoy la Constitución Española declara la mayoría de edad a los dieciocho años. Y sin embargo pocas personas hay con esa edad en nuestra sociedad capaces de desenvolverse de forma autónoma. A diferencia de aquellos púberes que sabían cultivar patatas, ordeñar cabras, levantar muros o hacer sellos de caucho, los actuales jóvenes constitucionalmente mayores de edad, con no muchas excepciones, viven con y de sus progenitores. Sin preocupaciones económicas acuciantes, en una fase vital de dependencia material comparable a la de la infancia, y sin haber sentido en general sobre sus hombros el peso de lo que es una responsabilidad digna de tal nombre. Son adolescentes de dieciocho años, pronto de veintidos, veinticinco, de treinta y más. Su vida, en no pocos casos, viene a ser una especie de compás de espera. Algunos van encadenando todos los estudios posibles: asignaturas pendientes, becas, doctorados, idiomas, cursos... Otros, combinan estudios con pequeños trabajos eventuales o, simplemente, si ya completaron (o abandonaron) su ciclo estudiantil, trabajan aquí y allá sin lograr un empleo estable que les abra la puerta de una vida independiente. El momento actual, en lo sociológico y en lo laboral¹, favorece más que nunca que también haya jóvenes con aún menos opciones, con menos espíritu y autoestima, o de todo un poco, que mayormente se dedican al mero "estar" en casa en la esperanza de "a ver si sale algún trabajo", sin gran cosa que hacer más que ayudar en alguna tarea doméstica -quien lo hace- y aguardar el fin de semana.

En toda esta juventud suele ser normal encontrar comportamientos sostenidos en el tiempo desde la primera adolescencia. Pautas de autoafirmación personal: vivir experiencias, sublimar lo artístico, viajar... Y colectiva: pertenencia a pandilla, identificación con estilos musicales, estética grupal, formas de diversión similares... Estos roles de adolescente hoy se manifiestan de forma muy amplia en personas de mayor edad, favorecidos por la aprobación y refuerzo del conjunto de la sociedad. Aprobación que, como iremos descubriendo, no es fruto de una casualidad. El fenómeno es amplio, como digo, y crece. Cada vez es más frecuente encontrar seres con cuerpo adulto y alma infantil. Personas con serias dificultades para comprometerse a algo, desempeñar responsabilidades, o mantener decisiones propias de forma estable. Complejo de Peter Pan, es la denominación de uno de sus más conocidos patrones de conducta. Otras manifestaciones conocidas que proliferan son las

1 El trabajo asalariado como hecho sociológico merece un análisis mucho más profundo. La pregunta a hacerse es cómo ingentes y mayoritarias masas poblacionales en todo occidente han llegado a renunciar a formas de vida autosostenibles y no asalariadas, para terminar hacinadas en ciudades, económicamente dependientes de las élites para su simple supervivencia, atadas de pies y manos, vulnerables en todo ante las decisiones de quienes controlan la economía. "El trabajador", expresión que elude acriticamente el factor de sometimiento inherente a este tipo de relación laboral, en el contexto de la sociedad capitalista, no viene a ser más que un despersonalizado objeto sometido a las leyes de la oferta y la demanda y a la voluntad de su empleador.

depresiones, los comportamientos ciclotímicos y las personalidades afectadas por lo que podríamos llamar neurosis narcisista.

Un buen amigo, que trabaja como profesor de formación profesional, conversando sobre esta cuestión, me habla de los problemas que tiene para que no pocos de sus pupilos de 18 y 19 años puedan completar con éxito las prácticas obligatorias en empresas a la terminación de sus estudios. Si bien hace unos pocos años, dichas empresas, trataban de escoger alumnos y alumnas con una buena preparación académica, hoy se conforman simplemente con que se presenten a trabajar a la hora de inicio de la actividad, que no abusen del absentismo y con poco más. Por encima de los conocimientos profesionales, priorizan el que sean personas que actúen con unos mínimos de responsabilidad que, hace no demasiado, eran lo común y hoy, al parecer, son cada vez más difíciles de encontrar. Copio sus palabras textuales:

"Te hablo de mi experiencia. Como sabes, todos los años tengo que llevar a alumnos a que hagan sus prácticas en tiendas, y cada vez hay más quejas por parte de los encargados y encargadas de las mismas. Por la actitud de algunos alumnos; actitud que se puede explicar en base al ambiente general festivo que este sistema ha potenciado. Cada vez más, mis alumnos entienden que, al igual que en la fiesta, en sus prácticas no tiene por qué haber demasiadas responsabilidades. Que, de alguna forma, todo tiene que ser diversión, buen rollito y que casi cualquier comportamiento debe ser entendido y permitido. Es por eso que suelen concebir el trabajo como un ámbito en el que, en su opinión, jefes y encargados deberían entender que alguna vez se llegue tarde, o que directamente no se llegue. Y si no ocurre así, "¡vaya cortada de rollo!" Dichos responsables también deberían ser comprensivos con el hecho de que las tiendas se conviertan en un lugar de reunión con colegas, donde poder charlar con ellos. Tal cosa la encargada debe entenderla pues, "son mis amigos, y además de vez en cuando compran algo". Y por supuesto, el venir colocado de marihuana al trabajo no debería ser un asunto tan grave, pues "yo controlo y no se me nota"... Como te he comentado, cada vez se aprecia más una actitud en la que no se hacen responsables de casi nada, y lo justifican todo con expresiones del tipo: "la encargada es una amargada". Por si la situación no fuese ya lo suficientemente complicada, se le echa más leña al fuego pues, como sabrás, la mayoría de tiendas juveniles de centros comerciales tienen un ambiente lúdico-festivo, favorecido, sobre todo, por el tipo de música y las luces que ponen. Esto no ayuda precisamente a que puedan desconectar de la eterna fiesta en la que viven."

Y cómo no va a ser así cuando hay toda una apuesta institucional por el retraso evolutivo, por el freno a la maduración. Los poderes, tanto en su vertiente política como en la económica, parecen coincidir en su deseo de infantilizar a la adolescencia y mantener en grado adolescente a la juventud hasta edades elevadas. Por ejemplo: el propio sistema educativo obligatorio, que es cada vez más y

más normativo, o determinadas legislaciones y normas no escritas sobre lo laboral, sobre el consentimiento sexual, los derechos sobre el propio cuerpo etc. Todo eso en absoluto favorece que la edad comprendida entre los trece y los dieciocho años pueda ser ese banco de pruebas para la vida adulta que siempre fue. En esta etapa, el adolescente debería aprender a forjar su criterio propio para la vida en libertad, al tiempo que se experimenta en la responsabilidad, y se forma ética, conceptual, laboral y emocionalmente para la autonomía adulta. Nada de eso podrá darse si su vida está exenta de responsabilidades, normatizada, sometida a prohibiciones y restricciones, y protegida a ultranza como si la de un niño se tratase.

Pareciera que el propio Sistema arroja piedras a su tejado deperdiendo a raudales gran parte del potencial de profesionalidad y productividad de los individuos a los que así trata. Sin embargo los hechos son elocuentes, y demuestran que hay mayor cuota de negocio en una sociedad no conflictiva, a pesar de la menor calidad -también profesional- de sus individuos, que en otra compuesta por personas formadas y solventes, pero al mismo tiempo políticamente conscientes.

Impedir que el adolescente abandone la niñez es solo uno de los dos hechos que analizamos. También, como venimos diciendo, se han dado una serie de condiciones para mantener largo tiempo a la juventud en etapa adolescente. El diseño social que padecemos está basado fundamentalmente en la vida urbana, y en un tipo de trabajo casi siempre asalariado, que es además cada vez más inestable y difícil de conseguir. Tal circunstancia tiene como consecuencia indeseable que no sean los ritmos biológicos, ni la costumbre de lo que se hacía en cada colectividad, quienes marquen el jalón de un importante dato de vida adulta: la incorporación al trabajo. Trabajar, ganarse el sustento, incluyendo la actividad en el ámbito doméstico, es fundamental para sentirse persona plena y madura. En otro tipo de sociedades eso lo daba, y lo da, la simple y llana edad a partir de la cual el propio cuerpo y la propia mente están progresivamente capacitadas para el desempeño laboral. Dicho de otra forma, los adolescentes se iban iniciando, e incorporando poco a poco, a las actividades laborales de las cuales dependía la supervivencia familiar. Esa solía ser la forma habitual de transmitir los oficios de padres a hijos, y de madres a hijas. Por desgracia, la transmisión cruzada de los respectivos oficios -de madres a hijos y de padres a hijas- era muy infrecuente. Que no todo lo antiguo es necesariamente mejor. Cuando se pasaba de la adolescencia a la etapa de juventud, entre los 16 y los 19 años, la gran mayoría estaban ya formados en su profesión y la podían ejercer de forma autónoma, teniendo además los medios para ello: utensilios, tierras, animales, aperos, taller..., que solían estar en la propia familia². En nuestra sociedad, que tal cosa

2 Muchas personas nacidas en la ciudad, quienes se sienten justamente víctimas de la situación de trabajo asalariado, la cual, como decíamos, les vuelve vulnerables a los vaivenes de la economía y las decisiones del poder, desearían trasladar sus vidas a un entorno rural. En éste, además de recuperar dimensiones ecológicas perdidas, imaginan poder acceder también a una independencia o

(trabajar) pueda llegar a suceder, depende de un ente semiabstracto llamado "mercado laboral" y de las tasas de desempleo que, en cada lugar, produce la dinámica avariciosa del capitalismo. Simples cifras en las estadísticas del telediario, pero ¡qué trascendencia tienen! No es motivo de este estudio y sería tema largo de abordar, pero mi convencimiento es que quien se las ha arreglado, a lo largo de décadas e incluso siglos, para que la situación evolucione y llegue a ser la que tenemos hoy, es el propio núcleo dirigente de la sociedad liberal-capitalista. ¿Por qué? Pues porque de alguna forma, el disponer de esa enorme bolsa de trabajadores jóvenes en paro, técnicamente capacitados, y educados para ser lo menos críticos posible, favorece sus intereses lucrativos. No creo que haga falta explicarlo mucho más.

La actual industria del ocio nocturno en absoluto es ajena a los parámetros imperantes de hacer negocio a cualquier costa. Aunque su clientela está integrada por jóvenes y adolescentes reales, tiene entre los virtuales, es decir los cuerpos adultos atrapados en una personalidad juvenil y adolescente, sus preferidos. Por su mayor poder adquisitivo, claro está. Tales consumidores acudirán a los centros de ocio reproduciendo roles que no se corresponden con su edad, en la esperanza de poder sentirse integrados, socializados, valorados... y sobre todo con el objetivo de romper con algún tipo de soledad y, en no pocos casos, sobreponerse un rato a la vacuidad que preside sus vidas.

autogestión en el medio de vida. Tal deseo y objetivo a menudo se estrella con la falta de propiedad (vivienda, campo de labor, ganado, utensilios...), pero sobre todo con la falta de conocimientos heredados. Cualquier adolescente rural tradicional, como los que la sociedad tecnológica urbana compadece considerandolos pobres y subdesarrollados, disponía abundantemente de todas estas cosas.

Una fiesta permanente

La dimensión lúdica es innata y forma parte del ser humano. Lo mismo ocurre en gran porción del reino animal. El juego se precisa como herramienta de aprendizaje. Asimismo, ese juego, junto con el descanso y el cambio de actividad, son acciones que es necesario realizar de tiempo en tiempo a fin de oxigenar mente y cuerpo. Y espíritu que podríamos decir también³. La fiesta en cambio es una institución social, propiamente humana, que tiene como objetivo específico, sumando los anteriores, dar cohesión al grupo y reforzar el sentido de pertenencia a lo colectivo. Por ello no se conocen sociedades ni culturas en las que no haya ningún tipo de elemento festivo.

El concepto capitalista de "ocio" define simplemente la parte de la jornada o de la semana que queda a disposición de la persona trabajadora, una vez ésta ha satisfecho su obligación laboral con el patrón o la empresa. Se entiende que tras la dureza y duración del trabajo es pertinente que el trabajador se desahogue. Resulta evidente que de esta compartimentación teórica emana una interesada legitimación del modelo de explotación. También justificaciones de "la taberna" como punto de atraque del trabajador varón al final de la larga jornada de trabajo, la cual, además de prolongar la separación con respecto a su familia, fomentando la desvertebración de la comunidad, siempre será mejor lugar para los intereses del patrón que, por ejemplo, "el sindicato". Algunas organizaciones obreras y centrales sindicales del estado español de la primera mitad del siglo XX se esforzaron en combatir tanto el alcoholismo entre sus miembros, como la costumbre de matar el ocio en la taberna, hábito que entendían como directamente inducido por la clase antagónica con evidentes objetivos desmovilizadores. El ritual de la taberna, el bar en nuestro lenguaje, que siempre fue opio para pueblo, hunde sus raíces en la época de los césares romanos, y hoy tiene sus evidentes traslaciones, las cuales actualizan y profundizan el fenómeno. Frente a ello, la "fiesta" es tradicionalmente un espacio para el encuentro y la celebración de lo que une a un grupo. Y, aunque la mayoría de las fiestas ancestrales incluyen elementos de goce sensorial; alimentos, drogas, música, ornamentación..., su principal razón de ser no es la búsqueda del placer individual hedonista sino, como digo, el reforzamiento de los vínculos entre las personas de la colectividad y la rememoración de los datos, los rasgos e hitos históricos, sobre los que se funda la identidad grupal⁴.

³ No se usa aquí el término "espíritu" en sentido religioso o sobrenatural, sino tratando de nombrar una realidad no completamente aprehensible, propia del individuo y que a su dimensión física y racional suma también la emocional, la intuitiva, el equilibrio dialéctico entre dichas dimensiones, el cómo se percibe a sí mismo y es percibido por el resto etc. También en dicho sentido cabe hablar de espíritus de tipo colectivo. Por ejemplo, un "espíritu nacional".

En nuestra múltiple, globalizada y atomizada sociedad actual, por lo común, la fiesta ha ido perdiendo sus elementos más identitarios y ha desembocado en un mero aprovechamiento de ventajas sensoriales y relacionales. Una vez la obtención de lo placentero alcanza la primacía, y casi cualquier tipo de participación social ha quedado reducida a esos momentos celebrativos, la dimensión festiva se convierte en una adicción que en ocasiones llega a ser compulsiva. Muchos individuos vienen a establecer una dualidad vital cada semana. Por un lado están los días dedicados a un esfuerzo obligado, no grato ni realizador, sea laboral-estudiantil, sea familiar, sean ambas cosas; una fase monótona, aburrida, impersonal. Por el otro, los días de sociabilidad y placer que se esperan con impaciencia el resto del tiempo. Tal placer y compañía, que es en definitiva lo que se busca en un mundo en el que a pesar de vivir hacinados el sentimiento de soledad bate records⁵, serán obtenidos en "pack", asumiendo el formato ampliamente aceptado casi como único posible.

Así, lo que en las sociedades tradicionales se celebraba de tanto en tanto y como cosa excepcional, en la actualidad ha acabado teniendo carácter semanal, e incluso más allá, invadiendo cada vez más jornadas. Lo que era una institución en la que participaba todo el cuerpo social, hoy está planificado y enfocado solo para una parte del mismo, adicta al modelo y que no está dispuesta -ni capacitada- para esperar largos periodos de tiempo.

¿Cualquier tipo de ocio ancestral fue mejor que el actual? ¿No es esta una forma de caer en el falso mito de que cualquier tiempo pasado fue mejor? Sería un error hacer afirmaciones absolutas. La fiesta en las sociedades tradicionales puede ser también criticada desde nuestra óptica del presente.

4 Lo dicho debe matizarse teniendo en cuenta la modalidad festiva orgiástica. En sinnúmero de culturas existió la bacanal, el carnaval, el mundo al revés; celebraciones basadas mayormente en la ruptura normativa y en el desmadre a muchos niveles. En cada una de esas culturas dicha fiesta fue más o menos consentida o perseguida por las autoridades, lo cual podría ser un buen fiel para calibrar el grado de opresión y distanciamiento con respecto al pueblo de cada uno de esos gobiernos. En cualquier caso, y a diferencia de lo que ocurre en la actualidad, se celebraba de forma espaciada en el tiempo, normalmente en relación con cambios de ciclo anuales. Solía ser un ritual de renovación y purificación, muchas veces de reajuste de las relaciones sociales y los conflictos. Como tal, cumplía también la función cohesionadora de cada sociedad que venimos describiendo, y era complementaria del resto de elementos festivos.

5 La epidemia de baja autoestima que padecemos tiene mucho que ver con la asimilación colectiva del "tanto tienes tanto vales". Y como lo importante es tener, somos educados para consumir en lugar de para aprender a estar con nosotros mismos. El sentimiento generalizado de soledad que de tal circunstancia resulta, en unión de las clamorosas necesidades de reconocimiento que expresa tanta y tanta gente, están en la base del éxito arrollador de la tecnología de comunicación virtual. Especialmente de las llamadas "redes sociales". Utilizando sus aplicaciones, además de mitigar momentáneamente el sentimiento de soledad, se consigue también, aunque sea de forma efímera, "sentirse importante" y reconocido, al recibir respuestas y aprobaciones a los pequeños mensajes y comentarios gráficos rebotados desde el móvil o el ordenador.

Por ejemplo, se me ocurre, por la amplia dimensión patriarcal presente en la mayoría de dichas celebraciones. Por su parte el ocio industrial capitalista no acapara el cien por cien de las fiestas de la actualidad, si bien sí una buena parte.

Es evidente que en las diferentes formas de plasmar la dimensión festiva subyacen las diferencias existentes a nivel social, laboral, de propiedad etc. entre diferentes modelos de sociedad. En este caso, lo cultural depende con claridad de su raíz material económica. El sistema actual, diseñado para el lucro de las minorías, es mucho más individual y despersonalizador que otros que tienen base más cooperativa y comunitaria⁶. Ello provoca un tipo de persona insegura, con problemas y necesidades extra de sociabilidad y más tendente en general a lo adictivo, sea en forma material o en otras.

La fiesta en la actualidad tiene, pues, mucho que ver con compensar vacíos. En una sociedad con escasos lazos humanos entre sus miembros, en la que el trabajo es una dimensión odiosa y no satisfactoria de la propia vida, y en la que la inseguridad con respecto a las necesidades básicas (vivienda, empleo, jubilación...) es una constante, se impone la generación de mecanismos universales de evasión que prevengan cualquier posible estallido social⁷.

6 Se cuenta que un antropólogo propuso un juego a los niños de una tribu africana. Puso una canasta llena de frutas cerca de un árbol y les dijo a los niños que aquel que llegara primero ganaría todas las frutas. Cuando dio la señal para que corrieran, todos los niños se tomaron de las manos y corrieron juntos, después se sentaron juntos a disfrutar del premio. Cuando él les preguntó por qué habían corrido así, si uno solo podía ganar todas las frutas, le respondieron: "Ubuntu", ¿cómo uno de nosotros podría estar feliz si todos los demás están tristes? Ubuntu, en la cultura Xhosa significa: "Yo soy porque nosotros somos." (Texto publicado en diferentes páginas de internet).

7 De la misma forma, la decidida apuesta del Sistema por inculcar cosmovisiones beligerantemente materialistas en la sociedad ha generado un nuevo tipo de vacío espiritual que no pocas personas tratan de compensar refugiándose en místicas alternativas (algunas creadas ad hoc por el propio Sistema) y en el arte.

Sentirse diferente para ser todos iguales

Decíamos arriba que la autoafirmación es característica de la adolescencia. Se obtiene de dos formas. Por individualización reactiva: necesidad de originalidad, independencia, de distinguirse, de ser uno mismo... Y por identificación con un grupo diferenciado: mis amigos, mi estilo musical, mi equipo de fútbol. El industrialismo capitalista, apoyándose en los avances de la psicología y de la sociología, tuvo el mérito de descubrir el filón de ganancias que atesoraba este momento del proceso evolutivo de los seres humanos. Así, se esmeró en que dicha adolescencia -feliz ocasión de negocio- durase lo más posible en cada individuo. Ya se explicó arriba en virtud de qué mecanismos. Y para convertir las necesidades de ser uno mismo, así como las de formar parte de un grupo, en dinero contante y sonante, inventó las modas.

No es que antes todo el mundo se vistiese igual y tuviese los mismos gustos. Cada cultura, cada sociedad, tenía sus propios elementos estéticos comunes, bastante en relación con la forma de vida, los materiales y con el clima de cada sitio. Dichos elementos iban evolucionando de forma más o menos espontánea, pero siempre poco a poco. Por decir, había a quien el traje y los zapatos de los domingos le duraban toda la vida, y si había que reemplazarlos era por desgaste, no por tener que adaptarse a nuevos gustos. El tipo constructivo de casa permaneció invariable durante siglos en la mayoría de los lugares. En muchas de esas sociedades sí es verdad que había élites aristocráticas, cuyos individuos, liberados de la carga del trabajo y del resto de responsabilidades, adelantándose a nuestros días, habían devenido adolescentes perpetuos que ensayaban diversas formas de distinción estética para entretener y adornar sus ortopédicas vidas. En eso no hay grandes diferencias de fondo entre un Petronio, una Madame de Pompadour y un, por ejemplo, Cristiano Ronaldo. En todo caso, eran minorías muy pequeñas.

No es hasta la segunda mitad del siglo XX cuando la moda irrumpe con fuerza en las sociedades occidentales y se populariza. Lo que se ha dado en llamar "sociedad de consumo", muy de la mano de la "sociedad del espectáculo" desembarcó a partir de este momento, con su publicidad cuidadosamente elaborada e insistente, en los cuartos de estar de hasta la menos pudiente clase obrera. Su principal vía de acceso fue, primero la radio, y después la televisión. Ambos son objetos junto a los que hemos nacido y nos hemos criado. Nos cuesta imaginar que alguien pudiera haber vivido antes sin ellos. Para sorpresa de algunos de mayor edad, hoy parecen caminar hacia su obsolescencia en virtud del vertiginoso avance de las aplicaciones comunicativas de la informática.

Gracias a todos estos inventos, actualmente los mensajes de la publicidad son omnipresentes, y se hacen en buena parte indistinguibles de lo que podría ser algún tipo de criterio propio que alguien

podría tener. Las aplicaciones prácticas de la cuestión son pavorosas. Véanse, por ejemplo, los comicios parlamentarios en cualquier país occidental. Cómo unas pocas opciones partidistas, las que a la postre, y no por casualidad, acaban siendo las más votadas, son publicitadas, martilleadas sin descanso en detrimento de las restantes, en los informativos y tertulias de la mayoría de medios de comunicación. Todos los días del año, sin excepción.

Las modas, como se sabe, son exigentes. Reclaman una continua adaptación a sus más pequeños cambios y novedades. Adaptación que cada vez sucede a ritmo más vertiginoso. Estar "a la moda" supone adquirir los objetos que a uno le identifican con ella. Hablamos de ropa y complementos, de música, cine y otros objetos culturales de consumo, mobiliario, vehículos, aparatos multimedia y recursos informáticos, vacaciones, tipos de comida etc. Mención aparte merece la fascinación que produce el poseer esos mismos objetos cuando son de determinadas marcas. Incluso se dan modas, no menos onerosas por lo común, consistentes en desmarcarse de la propia moda. Por ejemplo la de consumir productos ecológicos "de marca"; sean alimentos, terapias y remedios "alternativos", publicaciones, colchones, ropas, aparatos "energizantes" diversos, sofisticadas bicicletas y casas bioclimáticas, entre otros. Muchos de esos artículos de marca o de moda suelen crearse con caducidad predeterminada por las multinacionales que los distribuyen, a fin de que el negocio sea mayor. Y no hablo tanto de su deterioro material, que también, como de lo rápidamente que quedan superados por la nueva exigencia estética de la, cada vez, más corta temporada. Como bien se sabe, la primavera en El Corte Inglés apenas durará esa misma primavera, siendo inservible para la próxima, así como para el resto de estaciones. ¡Por Dios!, que alguien me diga qué hago con los zapatos que compré para la última boda, y que solo usé ese día.

¿Y por qué esa necesidad de adherirse a la moda? Pues porque así la persona: a) Se siente parte importante de un grupo diferenciado que imagina socialmente valorado (quienes que van a la última, la gente "in", "fashion"...). b) Porque adornar el propio cuerpo, y llenar la propia vida, con esos objetos que se ofrecen y comercializan como más o menos "exclusivos", es una forma de diferenciarse como individuo y sentirse "especial".

¿Y cual es por antonomasia el lugar cotidiano de encuentro con el resto del grupo que está a la última, en el cual exhibir la propia exclusividad? Sencillo: los locales de ocio nocturno. Esos sitios a los que todo el mundo acude con sus mejores galas para tratar de deslumbrar. Por descontado, solo se acudirá a los establecimientos que asimismo cumplan y compartan los estándares estéticos de la moda. Los pubs "de moda".

Pero claro -dirá alguna persona lectora de estos párrafos- se está hablando de "los pijos", de esa mayoría de gente, en general poco crítica, que se mueve más bien en rebaño según lo que está y va dejando de estar de moda. Personas con una cierta capacidad adquisitiva que les permite cumplir

con las exigencias económicas de un paradigma estético tan cambiante, y de una relación social tan esclava de la ostentación. Y además les gusta una música horrible que es cien por cien "comercial".

Pues bien, habéis de saber, alternativos, hiphoperos, góticos y emos, rockeros viejos, punks de los costrosos y de los ingleses, modernos, mariguaneros con y sin rastas, "radikales" -ojo a las comillas-, electrónicos, osos, hippies, moteros, rocieros y por supuesto los fieles seguidores del metal, que el sistema es listo y ya hace mucho que pensó en todos nosotros. Cuando os resulte lastimoso ver a algún "pijo" adaptándose a la moda dominante y gastando dinero en hacerlo, recordad la frase bíblica de, "veis la paja en el ojo ajeno y no la viga en el propio". ¿O hace falta recordar en qué consisten las respectivas uniformidades: vestimentas, peinados, adornos, músicas, aparatos, objetos de culto, viajes, drogas, locales, formatos de ocio..., y darse cuenta de que también están estereotipadas, y por supuesto comercializadas? Incluso el atuendo más desaliñado que pueden llegar a lucir algunos "alternativos", no deja de ser una cuidada forma de vestirse que distingue reactivamente, por oposición, como cualquier otra, y que a su vez sirve para incluir a esa persona en el colectivo o tribu urbana pretendida. El sistema se adapta a todas las necesidades psicosociales. A todas. Y si se da algún tipo de evolución social, de inmediato se genera una nueva moda. Las grandes empresas multinacionales emplean gente dedicada en exclusiva a investigar los nuevos gustos: ropa, bebida, coches, comida, lugares... para luego informar a las empresas respectivas. Se les denomina "buscadores de tendencias". El caso es vender y tener a todo el mundo distraído y contento, feliz de pertenecer a su grupo respectivo y de sentirse diferente y superior al resto. En eso la moda no se diferencia nada de, por ejemplo, los patrioterismos y los forofismos.

Menos batucadas y más *dolçaina i tabalet*⁸

No hay que ser un experto en historia para darse cuenta de que nuestro modelo de fiesta nocturna no es tradicional. De hecho es la importación, sin aduanas ni aranceles, de una forma de divertirse y socializarse que procede del mundo anglosajón y que está reelaborada casi en todo por los intereses del industrialismo capitalista. Y llegó antesdeayer, podríamos decir. El referente cultural que late en él, como digo, es anglosajón, más estadounidense que británico, como Halloween, Santa Claus o el comer pizza y hamburguesas (por cierto, dos productos alimentarios que, no por casualidad, son bien fáciles de encontrar a altas horas de la madrugada en una noche de fiesta). Pero su diseño final no tiene patria, a no ser la del dinero.

Dan ganas de echarse a llorar cuando se constata el casi absoluto desinterés por la música tradicional que sienten las generaciones que hoy "salen de fiesta". Tanto los clientes convencionales de la noche como los "alternativos". En su lugar han colocado nuevos estilos eléctricos, todos importados. En muchos casos sus temas ni siquiera están interpretados en castellano (ya ni hablamos del resto de lenguas peninsulares), sino en inglés, lo que hace que la mayoría de la audiencia no llegue a apreciar cabalmente las letras de las canciones. Es un dato más para entender cómo la fiesta contemporánea ha sido, en general, vaciada de determinados contenidos (los identitarios y los reflexivos, por ejemplo), en favor de otros (sobre todo los hedonistas y consumistas, como veremos).

Estas generaciones que han hecho del salir cada fin de semana parte principal de sus vidas, ni aprecian ni tienen interés en conocer la cultura musical que se dio hasta no hace tanto. Ello es más lamentable si cabe cuando estamos hablando de un patrimonio de gran valor, y muy antiguo en algunos casos. Ni jotas, ni pasodobles, coplas, habaneras, bandas, rondallas, música coral, canciones infantiles, cante jondo... Bueno, éste último un poco sí, si se interpreta -reelaborado- en algún pub de moda, de "flamenquito".

Los magníficos bailes típicos de las generaciones anteriores, alguna aún viva, en el olvido. Los instrumentos musicales que producían esa música de calidad, siempre en directo y sin electricidad, en los museos etnológicos. Música que mayormente no tenía autores, que era del pueblo y que se aprendía para cantar en grupo y bailar -no para escuchar de forma pasiva-, que narraba y musicaba las historias épicas como las cotidianas. Hoy es sustituida en todos los casos por la reproducción

⁸ En el País Valencià, una variante del instrumento que en castellano se denomina dulzaina, se conoce como *dolçaina* o *xirimita*, y se acompaña de un tambor llamado *tabalet*. La *colla* es la agrupación musical, que puede llegar a ser de entre veinte y treinta músicos. Además de realizar pasacalles, y acompañar en fiestas populares, realizan conciertos con un variado repertorio.

exclusiva y excluyente de los iconos del pop, del rock y del resto de derivaciones musicales. Músicas diseñadas y desarrolladas industrialmente, implantadas en cada lugar a base de campañas de mercadotecnia y destinadas a que sus autores, intérpretes y comercializadores acumulen todo el dinero posible; músicas sin alma popular que, por lo común, vienen a ser consumidas, generando un formidable negocio, por mera adhesión estética y tribal al estilo. A veces incluso con fanatismo.

Y no pretendo afirmar que en la actualidad no sea posible, y no se dé, la creación de nuevas músicas que tengan calidad y que proporcionen placer a quien las recibe. Músicas que estén fuera de circuitos comerciales, que de alguna forma, en algún caso, conecten con la identidad de una determinada colectividad. No afirmo que se haya de cumplir en este tema lo de "cualquier tiempo pasado fue mejor" porque, por suerte, el genio creador y artístico de la humanidad no ha quedado detenido en el tiempo. Pero lo que sí parece claro es que la conversión de la música y la fiesta en pura mercancía ha dejado en nuestras sociedades muy poco espacio para la creación y disfrute fuera de sus circuitos comerciales. Y cuando tal cosa sucede, el acceso a esa música alternativa suele quedar reducido a un círculo pequeño de personas. Ni se crea desde las necesidades de expresarse de un pueblo, ni es disfrutada por una colectividad amplia. Es otra cosa.

La, en su día, ultramoderna invasión del rock and roll fue dando paso en décadas posteriores a todos sus derivados (pop, disco, punk, tecno, metal...). Estilos musicales que, una vez dejan de ser novedosos y se generalizan, pierden su gancho de fascinación por lo nuevo y deben ser sustituidos, en un bucle sin fin, por nuevos gustos. Estilos, subestilos, fusiones, grupos... Los hay para el gran público y los hay para quienes desean distinguirse. Igual ocurre con el consumo de productos cinematográficos. Más allá del gusto de la mayoría, siempre hay una vanguardia, o una retaguardia, culta, a veces incluso snob. De ahí aficiones minoritarias pero "exclusivas" por el blues, el jazz, el rap, el new age o la música "de vanguardia". Incluso la música "retro".

En las últimas décadas, formas culturales de reacción (sin romper con el patrón consumista, por supuesto) como el colorido multiculturalismo, tan del gusto de algunas tribus urbanas y movimientos sociales progres, han llenado la noche y a veces las calles, de enclaves de música alternativa, étnica, colaborativa... Cunden las llamadas Jam Session, y hoy por hoy, por ejemplo, no hay feria medieval o de artesanía en la que no suenen agotadores sonidos de tambores. Ha terminado por ser más representativa de una fiesta popular cualquiera una agrupación de percusión brasileña de imitación, que la ancestral colla de dolçaina i tabalet. Trasládese el ejemplo a cualquier lugar peninsular y a su respectivo acompañamiento musical tradicional.

¿Y esto porqué pasa? Pues es largo de explicar, pero se puede decir que tiene mucho que ver con la influencia determinante sobre el mundo occidental de la potencia política, económica y cultural de los últimos años: Estados Unidos de Norteamérica. Tal como ocurría en tiempos del imperio

romano, las colonias recibimos la cultura de la metrópoli. En este caso, su paradigma cultural de diversión que, como venimos diciendo, es indisociable de los intereses lucrativos capitalistas. Con su tipo de música, de cine y de fiestas recibimos también sus respectivas "reacciones" integradas, es decir, esos estilos culturales minoritarios, rebeldes y distinguidos mediante los cuales el sistema consigue una pingüe recaudación de beneficios procedentes -paradójicamente- de sus elementos más inconformistas.

Tal como ocurrió a lo largo de la Historia, parece ser que quien tiene el dinero, los portaaviones y los misiles es quien también dicta los patrones de la cultura; qué le tiene que gustar y no a la gente en cada sitio. Así podemos imaginar que, quizá, de aquí a una o dos décadas, la música (con sus respectivas reacciones) que sonará en nuestros pubs tendrá procedencia asiática -ya está empezando a pasar-, y que el Año Nuevo Chino acabará siendo una celebración más en nuestro calendario festivo. Así somos.

Consume, joven, consume

En otros tiempos las fiestas no suponían gran dispendio, puesto que su frecuencia no era mucha y la mayoría de sus consumibles -comida, bebida, música, ornamentación...- eran proporcionados en especie, y de forma comunitaria, por quienes iban a disfrutar de la celebración. Los distintos momentos de bonanza o crisis hacían que lo compartido fuera más o menos abundante y variado, e incluso que pudiera haber algún remanente (no necesariamente en forma dineraria) para contratar a algún artista o compañía ambulante. Con el paso del tiempo y el cambio de modelo, el dinero, el gastar dinero, fue convirtiéndose en requisito sine qua non para poder participar. Como dijimos arriba, la fiesta en la actual sociedad occidental está fuertemente mercantilizada, como no puede ser menos en un sistema económico capitalista. Todo en ella está diseñado y dispuesto para la circulación monetaria.

Para empezar, el lugar más común de la fiesta es un local privado habilitado como negocio. El bar, el pub, la discoteca. En él, cuando no se paga por entrar, se paga por consumir bebidas a un precio significativamente incrementado con respecto a su valor habitual en el mercado. De este movimiento comercial, como si de Vito Corleone se tratara, chupará con alegría el estado, el cual, no solo cobra su mordisco por permitir trabajar y comerciar a los traficantes nocturnos de alcohol autorizados (seguridad social, porcentaje de beneficios y tasas varias), sino que grava con un fuerte impuesto especial, además de con el IVA, cada gota de alcohol que se bebe y cada cigarrillo que se fuma, incluso aunque esté liado a mano.

Hay quienes organizan fiestas en locales y residencias propias (los menos), o quienes se lo montan en algún espacio abierto: el famoso botellón. El objetivo principal en ambos casos es el de abaratar el precio y poder financiar la borrachera cuando no se tiene solvencia para hacerlo de la forma oficial. Por supuesto el Sistema persigue estas fórmulas "privadas" de fiesta. Y no lo hace por razones de salud pública (aunque sí de control social), sino más bien para evitar la disminución de gasto y la fuga de beneficios de una industria que le es tan lucrativa. En todos estos casos particulares, de todas formas, la fiesta sigue teniendo como epicentro la ingesta de bebidas alcohólicas, las cuales han de ser compradas y puntualmente abonadas en sus lugares de venta respectivos.

No solo de alcohol vive el *homo convivalis*⁹. Según gustos y poder adquisitivo: desde el humilde botellón con bebidas de marca blanca entre los coches de un parking, hasta la fiesta privada con cata

⁹ *Convivalis*, del latín *convivium*, banquete. Dado que en la antigüedad la fiesta era otra cosa, esta es la expresión que quizá más se acerca a nuestro moderno concepto de "ir de juerga en juerga".

de gin-tonics de autor en un club de socios, hay fiestas de muchos pelajes. En todas ellas se gastará dinero.

Hablemos de tabaco y otras drogas. El primero es fuente de un importante comercio multinacional que mueve dinerales ingentes. Gravado, entre otros, con un potente impuesto especial, permite a la administración hacerse con un preciado botín. A pesar de su creciente reglamentación, esta vez sí, por razones sanitarias, y de su precio estratosférico siempre en auge, las tasas de consumo de tabaco siguen siendo elevadas. Con respecto a las otras drogas, en general mejor ni mirar de qué tejemanejes proceden ni a quien enriquecen.

Quien llegue a la fiesta cansado habrá de pagar por estimulantes, legales o ilegales. Quien puede, - que, a pesar de la crisis, no es poca gente, visto lo visto cómo se ponen las calles a esas horas-, antes de ir al pub, tapea o cena, o ambas cosas, en el bar o restaurante. Más gastos y más impuestos.

En la noche se consume luz y sonido. En torno a la música industrial, elemento fundamental de la fiesta e icono del consumismo, hay montado un negocio nada desdeñable. La creación y disfrute de este tipo de música exige siempre gasto eléctrico. No creo que sea necesario recordar que la actual factura eléctrica es una auténtica estafa perpetrada por las compañías comercializadoras, con el inestimable apoyo de la clase política, muchos de cuyos miembros, cuando finalizan sus mandatos respectivos, pasan a formar parte de los consejos de administración de dichas empresas. El precio pagado por la electricidad multiplica con creces los gastos de producción, distribución y comercialización, por mucho que el lobby eléctrico y los sucesivos gobiernos se esfuercen en difundir lo contrario. No conviene olvidar, además, que la tarifa eléctrica también incluye impuestos. Por otra parte, la reproducción de música, pública y privada, precisa de aparatos de tecnología cada vez más sofisticada (la exigencia de los consumidores en este sentido, como en el de la telefonía móvil, parece no tener límite) y el poder acceder a ella, a la música, está protegido mediante derechos legales de autor, los cuales posibilitan que los interpretes más solicitados sean millonarios. Ni que decir tiene que el producto musical paga tasas en todos sus procesos: grabación, comercio y reproducción.

En relación a la música como objeto de consumo, algunos lectores de mayor edad podrán recordar cómo hace unas décadas había un acceso limitado al uso privado de la misma. ¿Quién no se recuerda a sí mismo ahorrando para comprar un LP? ¿O grabando pacientemente con un radiocassete las emisiones de la radio (procurando evitar la voz de los locutores)? Cada cual oía sus canciones, y solo esas, una y otra vez, y terminaba por saberlas de memoria. Si vamos a una generación aún anterior, el hecho de cantar -solos, en compañía, en celebraciones religiosas...- era muy frecuente. Todo el mundo conocía y sabía entonar las melodías de cada zona, y solía ser costumbre que a los postres de cualquier comida celebrativa familiar o social, o en fiestas como la

Navidad o los Mayos, se cantase en grupo con o sin ayuda de algún instrumento. Si comparamos con la actualidad, parece cierto que el acceso ilimitado al producto musical que hoy proporcionan diversos programas informáticos y la capacidad de almacenamiento de algunos reproductores, ha creado una gran inflación en la música (también en el cine). Es claro que la relación entre persona y música ya no es la misma, puesto que la saturación dispersa, y hace disminuir el interés y la intensidad de la emoción. Éste, el de despojarnos de nuestra propia lucha individual, del esfuerzo para conseguir las cosas y de la satisfacción que de ello resulta, es un típico e indeseable efecto de la realidad a la que llamamos "consumismo".

Mención especial merece el fenómeno del culto a la personalidad de los intérpretes musicales y artistas diversos. Incluso deportistas. La mitomanía, el rol de "fan", fenómenos directamente alentados por el mercado industrial, muestran el alto grado de alienación y lo fácilmente manejables que resultan las masas juveniles, las convencionales como las alternativas. Una consecuencia indeseable es la proliferación y amplia aceptación de la más tonta de las vanidades, y de una convenida forma de comportarse ante el público, más bien fatua, que acompañan al patrón de "artista". Incluso cuando éste sólo es reconocido como tal por sus amigos y familiares. Me decía alguien, y me parece muy cierto, que solo una delgada línea separa el arte de la imbecilidad.

Para la fiesta, además, es preceptivo vestirse de forma especial, arreglarse (ropa exterior e interior, calzado, complementos, maquillajes, peluquería, cremas, perfumes...). Ese atuendo habrá de ser "personal" y a la vez ajustado a los parámetros estéticos que rigen para cada sector. Algunas de esas modas requieren prendas verdaderamente caras. Otras, no se alejan tanto del vestir cotidiano y por ello no suponen tanto dispendio. Pero todas ellas exigen gastos, por mínimos que éstos puedan ser en los pocos casos en que son mínimos. Y no nos olvidemos de los objetos de adorno que forman parte del pack de la tendencia estética respectiva. Por ejemplo, hay quienes se pasan la tira de tiempo ahorrando para hacerse tatuajes, peinados "étnicos" o enganchar metales en sus pieles y mucosas. Por no hablar de quienes se ponen silicona en labios o tetas, se rectifican la nariz, se estiran o infliltran la piel y cosas así. Podríamos añadir también gastos similares para la mejora estética que, si bien no están orientados de forma unidireccional hacia la fiesta nocturna, sí guardan gran relación con ella: Cabinas de bronceado, productos-dieta de adelgazamiento, asistencia a gimnasios... Hay quienes trasladan más allá de las fronteras de su propio cuerpo su necesidad de gustar y presumir y, así, llegan a invertir cantidades económicas nada despreciables en adquirir y/o "embellecer" sus vehículos.

Más cosas. Si la fiesta es de cumpleaños, habrá que rascarse el bolsillo para hacer algún tipo de regalo. La persona homenajeada, por su parte, estará obligada a corresponder "invitando" a algo a sus amigos. Si se va a un concierto, habrá que pagar la entrada (más impuestos). Si el concierto es

en otra ciudad, ¿cómo vamos a perdérselo? Usaremos un coche (gasolina, desgaste, impuestos especiales...), pagaremos por alimentarnos fuera de casa mientras dure el viaje, e incluso compraremos artículos de camping para poder permanecer más de un día en uno de esos eventos, derrochadores de energía eléctrica y causantes de contaminación acústica y lumínica, llamados macroconciertos. Si en el macroconcierto nos ponen un zoco de artesanía y merchandising, nos compraremos alguna camiseta, algún cd, algún abalorio, algún mechero, alguna tela serigrafiada... Si estamos en una gran ciudad, nos desplazaremos en transportes públicos, taxis etc.

El llamado ocio nocturno, como puede verse, es una gran caja registradora diseñada de principio a fin para desplumarnos aprovechando nuestros estados emocionales de euforia y despreocupación.

En tal contexto se llega a la situación de que una persona sin recursos económicos no puede participar en este tipo de fiestas, a no ser que lo haga de gorra, invitado a alguna que otra cerveza y a algún que otro pitillo por sus amigos -es decir mendigando-, o sufragando el gasto con la "propina" familiar -es decir, parasitando a sus padres-. Por contra, este modelo festivo será un paraíso para gente solvente, cuya economía les permitirá poder pagar todas estas cosas, incluidos los gin-tonics y la farlopa, cada semana, y a veces un par de noches por semana. Bueno, un paraíso para esa gente y para el estado, es decir el Sistema, hacia cuyas arcas acabará confluyendo una parte más que significativa de la recaudación.

La narcosis colectiva

Quise ahogar mis penas en el licor, pero las condenadas aprendieron a nadar.

Frida Khalo

Tema proceloso éste, el del consumo de psicofármacos. Porque no es incierto que las drogas nos han acompañado, como a otras, en nuestro decurso como sociedad. Hay quien esgrime el argumento, no falso de verdad, de que hay evidencias arqueológicas que documentan su uso en tiempos bien remotos. Porque es una realidad que hoy está casi generalizada, y sobre la que se podría decir: "quien esté libre de pecado que tire la primera piedra". Porque aún arrastramos, quizá echándole un poco de cuento, el complejo de una antigua represión de signo puritano. Porque su consumo sigue estando envuelto en una mística particular y se convierte en una especie de supuesta razón para la libertad y para el acceso a, no menos supuestos, estados trascendentes de conciencia. Incluso porque algunas drogas podrían contener beneficios alimentarios, saludables, terapéuticos, ecológicos, que nos serían arrebatados por el Sistema, mediante prohibición, en pro de los intereses de la alimentación química y la industria farmacéutica. Un dato menor, pero importante en determinados ambientes, es que la venta de una droga -el alcohol- es clave en la financiación de buena parte de los colectivos "alternativos". Y de muchos no tan alternativos: asociaciones, comisiones de fiestas, oenegés...

El profesor universitario Antonio Escohotado, aprovechando una estancia en prisión por supuesta posesión de cocaína (su versión es que fue una trampa orquestada por la misma policía), inició la redacción de una magna obra (Alianza Editorial la publicó en tres tomos), en la que realizó un interesante y ambicioso estudio histórico y antropológico: "Historia General de las Drogas". Vió la luz en 1983. En un país recién salido de una dictadura militar, en el que la investigación de este tipo de temas nunca había gozado de los favores del establishment académico, el tuerto reinó, y su descripción histórica, bien provista de datos pero francamente parcial en su interpretación y netamente tendenciosa en favor del uso liberal de las sustancias psicoactivas, se dio por buena entre la progresía, los árbitros de la moda cultural, y la llamada "posmodernidad". Éste es el típico ejemplo de estudio histórico realizado desde una tesis previa, la cual se desea avalar con los datos obtenidos. Las diferentes ciencias van a encontrar pocos objetos de estudio que posean un carácter tan extenso, ignoto y ambiguo como la Historia. Es por ello que ésta se presta con gran facilidad a todo tipo de usos interesados (no hay más que ver qué tipo de cosas pueden llegar a decir conocidos historiadores que se sientan en cátedras universitarias), y a que sucedan con facilidad errores en la

investigación. En mi opinión, la ciencia histórica solo puede ser acometida desde una actitud de objetividad y desapasionamiento. De no hacerse así, cualquier resultado o conclusión que se obtiene va a ser siempre sospechoso de contaminación ideológica o simplemente subjetiva. Aquí no vale el método doble ciego. Sería interesante valorar la figura de Escotado y el contenido de su encíclica, así como el terreno abonado en que su prédica cayó, pero eso rebasa los límites de espacio que me he propuesto en este escrito.

Volvamos al presente. Teniendo en cuenta que, como dijo alguien, si hay una verdad absoluta ésta es que las verdades absolutas no existen, me atrevería a aventurar que la aceptación, e incluso entusiasta propaganda, de la bondad de los estupefacientes -alcohol incluido- que hoy se da en los ambientes "radicales", tiene mucho que ver con el hacer de la necesidad virtud. Como nos gustan, nos dan placer, y ni por asomo estamos dispuestos a renunciar a ellas (quizá ni somos capaces), vamos a crear el argumentario que, no solo las justifique, sino que nos haga aparecer a nosotros, ya no como borrachos y toxicómanos compulsivos, sino como adalides de la liberación.

Cierto es que el consumo de drogas se dio en las sociedades tradicionales. Incluso en las muy antiguas. Pero poco tiene que ver tal realidad con lo que nos propone Escotado en su libro, ni con lo que hoy se practica pretendiendo el aval de aquello. Por poner un ejemplo: el alcohol, en forma de vino mayormente, en muchas de nuestras sociedades tradicionales más cercanas era alimento y complemento calórico, incluso para niños, y no vehículo de embriaguez. Cuando ésta se daba, si se daba, sucedía en circunstancias puntuales, con carácter extraordinario y solo por parte de personas determinadas. De hecho, el consumo de alcohol como sustancia embriagante no fue visto con buenos ojos por nuestras sociedades hasta hace bien poco. Precisamente cuando el adoctrinamiento de la sociedad de consumo empezó a hacer añicos las cosmovisiones previas. En sociedades rurales basadas en el trabajo manual, el cual es físicamente exigente, la borrachera se demuestra como poco o nada compatible con la labor a realizar en el día posterior a la juerga. Si se podía disculpar, y no del todo, una embriaguez coyuntural en un día de fiesta mayor, en una boda... lo que era inadmisibles era la borrachera frecuente. Las tabernas, como ya se dijo, eran señaladas como lugares de extravío y mala vida, fuente inagotable de pendencias y de ruina. Los escasos adictos al alcohol, casi en la totalidad pertenecientes al sexo masculino, el o los borrachos que podía haber en cada pueblo, eran compadecidos por no ser capaces de responder a las necesidades del laboreo y por ende, de sostener con dignidad a sus propias familias. Algo catastrófico en este tipo de sociedad.

No faltan opiniones, a menudo fundamentadas en análisis y estudios sobre la realidad social y política, que defienden la teoría de que nuestras sociedades industrial-capitalistas han sido deliberadamente animadas, empujadas, especialmente sus sectores menos pudientes, hacia el

consumo masivo de estupefacientes. Tal comportamiento sería un mecanismo privilegiado para el control social por parte de las minorías dominantes. Transformar mentes críticas, voluntades firmes de lucha y resistencia, personas capaces de darlo todo por una causa política, en seres principalmente preocupados por el disfrute de su placer cotidiano, se revela como un gran éxito del propio Sistema. La amplia disponibilidad y aceptación social de diferentes drogas sería uno de los circenses (como la televisión) que acompañan al panem (estado de bienestar). Se le puede dar el espacio que se quiera a la controversia pero opino que, viendo cómo afecta el grueso de las drogas a la actual juventud, y dándonos cuenta de la escasa entidad y calidad del actual sujeto revolucionario, quien desee desmentir la teoría expuesta lo tiene francamente muy difícil.

Por si fuera poco, se dan numerosos indicios de que podría ser el propio poder, especialmente por medio de sus instituciones policiales, quien mantiene el monopolio del contrabando de los psicofármacos que aún no son legales. Hay quienes dicen que la mano negra del Sistema se encuentra detrás de la penetración forzada de la droga en determinados momentos, lugares y ambientes. Ello podría darse por razones políticas. Hay algunos ejemplos paradigmáticos. Por ejemplo, la distribución masiva de opio en la China decimonónica por parte de la Inglaterra colonial, con el objetivo de hacerse con el control comercial y político del país (dando lugar a dos guerras con millones de muertos). También la destrucción sistemática, a base de distribución alcohol, de las culturas nativas en todo el continente americano, en distintas épocas que llegan a la actualidad. O el desaforado aumento de consumo de vodka que se produjo en la depauperada Rusia a la caída de la URSS, con el fin de mitigar las resistencias sociales al cambio de modelo. Más próximo a nuestro ámbito geográfico y temporal, tenemos el caso de la fuerte irrupción del consumo de heroína entre la combativa juventud vasca de los años 80. Aunque más allá de estos hechos históricos puntuales, hemos de advertir que hay una tónica, una política permanente en tal sentido, que es común a todo tiempo y lugar en nuestras sociedades occidentales. Esta inducción al consumo de drogas, creada por el poder, como decimos, es muy antigua. Pero en nuestra edad contemporánea tiene dos hitos fundamentales. El primer impulso en este sentido se da cuando amplias masas proletarias se concentran en las instalaciones fabriles, dando lugar a peligrosas multitudes de trabajadores capaces de autoorganizarse en defensa de sus intereses. Ya hemos hablado de este hecho y de cómo el alcohol tabernario es utilizado como recurso por parte de las clases dominantes. El segundo empujón se da en la segunda mitad del siglo XX, de la mano de fenómenos como la "revolución sexual"¹⁰, "la contracultura" y la implantación universal de la sociedad de consumo. A partir de este momento, el uso de las drogas desborda todos los límites anteriores, y se convierte en una más de las realidades omnipresentes de la nueva cotidianeidad. Es difícil no establecer una relación con el hecho de que, en estas décadas, acontece el fenómeno de la conversión de la

10 Alguien decía que el mayor logro de la misma fue el de "convertir el amor en orgasmo".

mayoría de fuerzas políticas occidentales de izquierda, las cuales pierden su carácter revolucionario socialista, y anti-estado según los casos, y se transforman en movimientos sociales mayoritariamente preocupados por la reforma no estructural de lo existente.

La fiesta nocturna de fin de semana en nuestra sociedad no tendría el menor sentido ni podría entenderse sin las drogas. Pocos en su sano juicio interrumpirían drásticamente sus biorritmos, intercambiando día por vigilia, sumando horas y más horas a la semana laboral sin mediar descanso, si no fuera por el concurso de las drogas. Las que estimulan, las que relajan, las que euforizan y desinhiben o todas ellas. Nuestra fiesta nocturna es, pues, de base nétaamente química¹¹. No en todos los casos, que de todo hay en la viña del señor, pero sí en la mayoría, y desde luego en los que determinan.

Valorando el fenómeno del consumo de sustancias psicoactivas en su conjunto, ¿el asunto se puede ver como positivo o negativo, como destructivo o constructivo, como un poco de cada? Pues yo, que no dejo de ser un adicto más, soy de opinión francamente crítica. Creo que quedó claro en los párrafos precedentes. Así que fijate qué parecer podría tener alguien que se aproxime al tema desde fuera, tratando de ser objetivo. De hecho, una aplastante mayoría de defensores de las supuestas virtudes de algunas drogas, son adictos a una o a varias de ellas, empezando por el profesor Escohotado, lo cual no creo que pueda interpretarse como casual.

Que las drogas tengan sus caballeros paladines no deja de ser también lógico por su parte. Es verdad que los efectos sensoriales placenteros que proporcionan son muchos y variados. Y no solo sensoriales. Cual si fueran la mágica farmacia de los deseos: hay químicos para aguantar, para relajarnos, para pretender ser nosotros mismos o quien nos gustaría ser, para intercambiar tristeza por alegría, para que nos hagan gracia las gracias, incluso para la risa, para que no nos enfaden los malos rollos, para que los problemas se escondan momentáneamente en el olvido, para envalentonarnos antes de ligar, para que nos podamos creer que se nos valora y se nos quiere, que el acontecimiento en el que estamos de cuerpo presente es de verdad una fiesta... No hay mujeres feas sino copas de menos, dice el refrán soez. Pues por la misma regla de tres: la vida es una mierda; convirtámosla en un sueño.

En el interior de la persona consumidora, la droga genera una realidad inauténtica que cada cual percibe en cada momento dependiendo de lo que ha tomado y en qué cantidad. La sensación provocada se asemeja a la ensoñación y la virtualidad. Lo real, para lo bueno y para lo malo, se difumina en tales momentos. Dicho en pocas palabras, cuando nos drogamos ya no somos nosotros mismos. Y cuando nos drogamos juntos, la realidad colectiva que se da es eminentemente

¹¹ Se entiende química externa que es introducida en el propio cuerpo, ya que éste es todo él, a su vez, una suma y combinación de elementos químicos.

mentirosa. Aunque haya quien pretenda decir lo contrario: que en esos estados es cuando aflora nuestro yo más verdadero, el cual emerge libre de las autorrepresiones cotidianas e inconscientes que la vida en esta sociedad ha sembrado en nuestro interior. Sin ánimo de tener razón a toda cosa, y desde mi propia experiencia como parte activa y como espectador de los comportamientos ajenos, yo no me lo creo. Y le diría a algún defensor de la tesis anterior que quizá sea mejor verlo así; porque esos estados supuestamente más auténticos que los normales que tanto se loan, con frecuencia se traducen en comportamientos incontinentes, depresivos, empalagosos, violentos o sexualmente babosos.

En el estado de embriaguez, o de coloque, a la persona que lo padece se le va escapando la perspectiva de la realidad. Por exceso o por defecto, cuando no por fuga total en el caso de algunas sustancias. El futuro, en ese momento, queda relativizado o simplemente deja de existir (en función de droga y dosis). Solo se reconoce el presente, y éste filtrado por el crisol de la percepción alterada. El individuo en este estado es el perfecto resumen de lo descrito en epígrafes anteriores. Es el perfecto adolescente, el hedonista total. A menudo también el consumista perfecto. Sin duda, es el modelo de ciudadano que desea y conviene al Sistema.

De tanto frecuentar estados y situaciones de irrealidad, no es extraño que a algunos consumidores de drogas se les deconstruya el valor Verdad. Sin apenas ser conscientes de ello, irán concediendo cada vez menos importancia a la veracidad o al mantener la propia palabra, y los disimulos, engaños y mentiras, primero pequeñas, cada vez de mayor envergadura, irán convirtiéndose en algo cotidiano. En mayor medida cuando mayor sea la adicción, y especialmente si la sustancia en cuestión no está socialmente aceptada en el ámbito del adicto. En general, los consumidores habituales de drogas, incluidos quienes beben alcohol, tienden a disimular su adicción, a que parezca menor de lo que en realidad es. Ante sí mismos en primer lugar, pero también ante el resto. En muchos casos, a ocultarla por completo. Un adicto a cualquier sustancia se morderá nervioso las uñas sin soltar prenda en un ámbito festivo en el que su droga no esté presente, mientras maquina el modo de conseguirla o la excusa que va a poner para esfumarse. La felicidad será máxima si encuentra una persona en su misma situación con la que aliarse en la resolución del problema común. La ansiedad que provoca la falta de la sustancia en caso de adicciones muy pronunciadas, vuelve al individuo sumamente egoísta y capaz, no solo de mentir, sino de prescindir de la mayoría de valores éticos en la relación con los demás, hasta que no logra saciar su necesidad. Incluso más allá de haber logrado ese objetivo, pues es sabido que los actos repetidos crean hábito. El caso paradigmático extremo que todos conocemos es el de las personas adictas a la heroína en vena. Pero opino que el patrón, aplicando las correspondientes escalas, afecta a toda adicción y a todo tipo de sustancias.

Bailamos y bebemos entre camellos conocidos, los cuales tienen suerte de tener montado su chiringuito en un ambiente en el que "el buen rollo" es religión. Si un compi se excede de puro borracho o pasado de vueltas, se le disculpa; actos que serían imperdonables en otros contextos. Todo es apología en el emborracharse, fumarse, meterse tiros o pastillas. No hay, ni se permiten, críticas ni apelaciones a la responsabilidad. Todo eso se considera "chungo", "cortarrollos", y se ve como una especie de atentado a la libertad de la persona que ha decidido libremente drogarse.

Nuestra fiesta actual, semanal e incluso de más días, entre otras cosas, es una buena ocasión para colocarse en compañía y -a diferencia de otras épocas- quedar bien. Qué tío, o qué tía tan maja y divertida. La droga, en sus diferentes formatos, no es que esté admitida en la noche, es que es casi obligada. Un efecto colateral de este hecho, el cual no conviene perder de vista, es que hay bastante gente que acaba por no conformarse con el uso de finde, y las extiende al resto de su vida. Es de perogrullo y lo veníamos sugiriendo, pero es otra circunstancia destacable y que no hay que olvidar, que una de las características de todas y cada una de las sustancias nombradas como droga es que provocan una adicción, tanto química como psicológica, en la persona. Y en nuestra sociedad este peligro es de mayor magnitud que en otras previas, dado el deterioro personal al que el Sistema ha sometido al individuo. Éste carece a menudo de la necesaria madurez y autoestima, así como de los elementos necesarios para tomar decisiones que se puedan entender como plenamente libres y en conciencia.

Sí es verdad que, aunque todas lo poseen en grado mayor o menor, las diferentes drogas tienen distintos factores y niveles de adicción. Además, como decimos, la dependencia está también en relación con las características específicas de cada individuo y cultura. Conocer que existen esas diferencias no resulta muy beneficioso que digamos, ya que suele ser la base argumentativa más recurrente para que una gran mayoría de consumidores de drogas subestimen el poder adictivo de la sustancia que toman, y sobredimensionen su propia capacidad personal de resistir la posible adicción. Es el típico "tranquilo, yo controlo". Nadie más ciego que el propio adicto de la droga que sea con respecto a los efectos y grado de adicción que le produce el consumo de su sustancia.

Algunas drogas tienen su propio cuerpo doctrinal justificatorio. Esgrimido en prácticamente todos los casos por quienes las consumen. Más cuanto más las consumen. Ya hemos dicho algunas cosas sobre el alcohol, pero, sin ser la droga más consumida, en nuestro contexto el más claro ejemplo de esfuerzo legitimador es el que se hace con la marihuana. Ésta, entre otras cosas, es reclamada como legalizable (dudoso honor). Hay, de hecho, toda una teodicea victimista relativa a su prohibición legal y a los supuestos intereses del Sistema que estarían detrás de ella. En todo caso esta droga se propone y reclama como sustancia "diferente" a las demás. La diferencia se arguye en primer lugar, en clave de alternativa política. Al parecer, como decimos, el Sistema no quiere que la gente cultive

y fume marihuana. Sin embargo, tal afirmación resulta contradictoria con el dato del número elevado de miembros de la Guardia Civil que se dedican a contrabandear con todos sus derivados. No creo que sea necesario recordar hasta qué punto la Benemérita forma parte de la gobernación del régimen.

No solo miembros de la Guardia Civil. También de las policías locales, de la Policía Nacional, de miembros del Ejército o de integrantes de la clase política y empresarial¹². El resultado de este tráfico ilegal, promovido en grado muy importante por quienes teóricamente debían impedirlo, es el de un buen abastecimiento del mercado, y a precios no mucho mayores que los de la droga legal. Sería curioso comprobar y contrastar con el actual, el precio que podrían alcanzar las dosis de marihuana y del resto de derivados del cáñamo si se vendieran legalmente, sometidas a un control y una tributación similar a la del tabaco. Quien desea comprar derivados del cánnabis lo tiene fácil, vamos. Cuanto menos, la cuestión resulta sospechosa.

Quienes consumen cannabis, con cotas de adicción iguales o superiores a los enganchados a otras sustancias, defienden las virtudes políticas tanto como medicinales y naturales de su droga. Aunque a ellos, desde luego, les interesen más "las otras", según cualquiera puede constatar. Sin duda el cannabis posee elementos químicos que pueden resultar beneficiosos para la salud; en ciertos casos, en ciertas dosis y en determinados modos. Pero los apologetas del uso de la planta que invocan estas razones -normalmente para tratar de avalar y justificar su uso recreativo, y no tanto el medicinal- omiten deliberadamente que la marihuana también contiene sustancias tóxicas, nocivas para el organismo. Más si se absorben aspirando el humo resultante de su combustión. Es de cajón que los pulmones no están diseñados para respirar humo. De la misma forma que el hígado y los riñones no están preparados para eliminar -mucho menos de forma habitual- la sobrecarga de toxinas que supone la ingesta de drogas (de hecho, el efecto embriagante de las drogas viene dado por una sobresaturación de estos órganos, que se ven incapaces de eliminar los elementos tóxicos a la velocidad con la que se incorporan al organismo, y, así, éstos llegan, sin filtrar, al sistema nervioso). Del mismo modo, el sistema neuronal tampoco está preparado para el funcionamiento extraordinario que le supone la citada invasión de químicos agresivos. Resulta más que inquietante leer una relación de los efectos a corto y largo plazo que la ingesta continuada del cáñamo genera en el individuo, en lo corporal y en lo psicológico. Forzar los límites del propio cuerpo es jugar con

12 Es recurrente la desaparición de alijos decomisados, almacenados y custodiados en dependencias policiales. De la misma forma que las detenciones y procesos judiciales, por temas de narcotráfico, de militares y miembros de los cuerpos armados del estado destinados en zonas fronterizas, son noticia habitual en los medios de comunicación. El gran número de agentes de la Guardia Civil destinados a la vigilancia costera y aduanera que caen en este tipo de operaciones, hace pensar que la entrada de cannabis a gran escala a través de las fronteras meridionales de la península está controlada por una o varias mafias, cuyos integrantes acostumbran a vestir de color verde.

fuego, y están bastante bien descritos los efectos a largo plazo que el abuso de las diferentes drogas causa en estos órganos vitales. Otra cosa será que el consumidor de edad joven prefiera centrarse en el presente y no quiera pensar en consecuencias acumuladas en el tiempo. Aunque quizá, si le fuesen presentados algunos consumidores de amplia dosis diaria de las respectivas drogas con décadas de adicción a las espaldas, la opinión pudiera modificarse drásticamente. Podría venir a cuento aplicar una metáfora en relación al tema tratado, que -también- se puede extraer de la canción que cantaban grandes expertos en las drogas y sus estragos, como eran Los Chichos:

*"Porque tú te ves bonita, tú te pones orgullosa,
ni más ni menos, ni más ni menos,
más bonitas son las rosas,
viene el tiempo y las marchita."*

La amplia adicción al cáñamo ha creado toda una subcultura formal (y de consumo) en su derredor. ¡Hasta un partido político! Para mucha gente, igual que sucede con el alcohol, y con la anuencia de amplios sectores sociales, la marihuana no es una droga, sino un elemento más de la vida cotidiana: una forma como cualquier otra de relajarse un poco. Como sentarse a ver una puesta de sol. Un argumento utilizado por consumidores en alto grado de cannabis, es el de que en esta sociedad hay un exceso de uso de ansiolíticos, recetados por el propio estamento médico institucional, los cuales juzgan como muchísimo peores a todos los efectos que el cáñamo. Así, su propuesta para las personas en tratamiento médico o simplemente adictas a estos productos farmacológicos, suele ser que sustituyan su medicación por los porros. Independientemente de que el cambio pudiera producir pérdida o ganancia -que habría de valorarse en cada caso- opino que la solución no constituye alternativa. En ambas situaciones se pretende resolver el problema con un químico, escondiéndolo bajo la alfombra de la anestesia (o efecto euforizante, en otros casos) que proporciona la sustancia. Aunque los químicos puedan ser útiles en determinadas circunstancias, especialmente ante graves enfermedades mentales o cuadros psicológicos agudos, lo suyo es actuar principalmente sobre las causas, y no tanto sobre los síntomas del problema. Y en caso de necesitarse un paliativo o un reductor para tales síntomas, mucho mejor, si ello es posible, una alternativa no química, no invasiva del propio organismo. Que la propia vida tenga razón de ser y sentido suele ayudar, y no en pequeña medida.

Está estudiado que el cannabis es una droga depresora del sistema nervioso central. Como tal, proporciona relajación a sus personas consumidoras, las cuales, en general, tienden a disminuir su tono corporal, al tiempo que introducen buenas dosis de relativismo en sus procesos racionales. En el caso de adictos de largo recorrido y alta dosis, debido a la tolerancia alcanzada por el propio organismo, a menudo el uso de la droga solo aportará pequeños efectos, siendo su ausencia la que

genere procesos de alteración nerviosa, e incluso síndromes de abstinencia de cierta entidad. Todos ellos cesarán con una nueva ingesta de la droga. Así, el cese de tal malestar y la vuelta a un estado "normal" será, en esos casos, casi el único efecto "beneficioso" constatable de su consumo.

Entre otros efectos descritos, la marihuana es la droga del buen rollito y del ritmo caribeño por excelencia. Sus adictos de importancia loan aquí y allá las bondades del cáñamo, al tiempo que, por lo común de forma poco o nada consciente, van sumergiéndose en ese ritmo vital indolente, dejado y descomprometido que tanto les caracteriza.

Además, esta buena prensa que hoy tienen los porros, está abriendo las puertas de par en par a su consumo entre los sectores más jóvenes. Gente que, como quedó explicado, es hoy menos madura, responsable y libre que nunca. El amigo docente del que ya hablé, me cuenta que algunos de sus alumnos de entre 16 y 20 años tienen graves problemas de adicción con la marihuana, la cual dificulta seriamente su rendimiento en las clases, y más de una vez es causa directa de que se suspendan sus prácticas en empresas.

Por su parte, el alcohol también tiene sus apologetas. Desde quienes arguyen que una borrachera de vez en cuando es costumbre de toda la vida, y que viene fenomenal para oxigenar mente y espíritu, hasta quienes defienden su uso moderado y ocasional, como placer y no como droga: la copita del sibarita. Que sea la droga con mayor recorrido tradicional en estos pagos y que su consumo sea el que socialmente se encuentra más admitido y socializado (no hay celebración en la que no esté presente), contribuye notablemente a consolidar todo tipo de mitos justificatorios. Que beber es "de hombres", que quita el frío y cosas así. Especialmente peligrosa me parece la leyenda que invoca factores estadísticos (cuánta gente hay que bebe, y sin embargo qué pocos son los alcohólicos reconocidos), con la intención de presentar el consumo etílico como un comportamiento prácticamente inocuo que no precisa de mayores precauciones.

"Hay mucha gente adicta a infinidad de cosas", suele ser argumento de los defensores del consumo irrestricto de cannabis, alcohol y otros estupefacientes. Y se enumeran diferentes enganches como la televisión, internet, la ludopatía, el sexo, la comida... Pretendiendo confundirlo todo, eliminando la acotación que define droga como aquella sustancia que se ingiere para afectar deliberadamente el sistema nervioso, y por tanto la forma de percibir la realidad. Creo que conviene aclarar bien el significado de la palabra "droga" para que podamos entender de qué se habla. Dejando atrás la acepción antigua que identifica droga con medicamento, la más clara hoy es la que nombra a una sustancia que altera el sistema nervioso central. Cabría añadir un segundo requisito para que tal sustancia sea droga: que cree adicción. Así tendríamos sustancias químicas que modifican la función del sistema nervioso sin crear adicción (un calmante cualquiera), otras que crean adicción sin afectar al sistema nervioso (algunos alimentos), y lo que podríamos llamar cabalmente "drogas",

que reúne ambas cosas. Una segunda clasificación sería separar la "droga" (sustancia química) de la "adicción", la cual es un tipo de comportamiento. Por ello, aunque todas las drogas crean adicción, no todas las adicciones son fruto de drogas. Ver la televisión o frecuentar la prostitución pueden ser comportamientos tanto o más adictivos que los provocados por una droga, pero la televisión o la prostitución no pueden ser denominados "droga" salvo en sentido metafórico. En mi opinión, aunque todas las adicciones son primas hermanas, merecen juicios similares, y evidencian por igual la desarmonía del individuo en esta sociedad desnortada, a la hora de analizar lo que pasa y lo que deja de pasar, no conviene considerar que todo es exactamente lo mismo y no se gana nada mezclando los términos. Especialmente si el objetivo no es la búsqueda honesta de la verdad sino el echar balones fuera. Además, bien claro lo deja el dicho: "mal de muchos, consuelo de tontos".

El drogarse habitualmente, sometiéndose a los riesgos antes descritos, puede ser expresado, incluso a pesar de ellos, como un acto de libertad. Mi cuerpo es mío y con él hago lo que quiero. Vive y deja morir, decía alguien. Resulta cuanto menos curioso que sea precisamente el valor libertad el que se invoque a la hora de defender el consumo de estupefacientes. Y puede ser verdad que el acto de una persona que jamás, o apenas, prueba el alcohol y un día decide tomarse una cerveza, constituya una decisión tan libre como la de no tomársela, o la de ponerse a hacer un crucigrama. Pero si hablamos de alguien que bebe habitualmente, tenemos que considerar unos mecanismos psicológicos adquiridos de necesidad, y unos condicionantes físicos de tipo químico: el cuerpo reclama su dosis de alcohol para vencer la sensación de ansiedad y simplemente reequilibrarse. Lo mismo ocurre con el resto de sustancias. Los adictos a las drogas no son peleles, pero su libertad de elección está evidentemente menoscabada. Una idea fuerza es que nadie es responsable de haberse hecho toxicómano, puesto que la adicción nunca sobreviene por decisión voluntaria sino por circunstancias ambientales. Pero sí se es responsable de mantenerse en dicha adicción, ya que abandonar el hábito depende de la decisión y voluntad de cada cual. Con esto no se quiere decir que sea siempre fácil hacerlo -nada más lejos de la realidad- pero sí que es posible, y que si tal cosa no se acomete, la adicción y todas sus consecuencias se convierten principalmente en responsabilidad de la persona enganchada.

La visión libertaria del uso de las drogas se acompaña a menudo con un temerario: la de gente que conozco que los fines de semana bebe, fuma... y no le pasa nada. Carrillo murió casi a los cien años fumando como un carretero. Esta argumentación suele llevar de la mano la de las dosis: con moderación nada causa mal, con abuso todo daña, incluso los más sanos alimentos. La de la responsabilidad: es cosa de cada cual saber dónde tiene que poner un límite. Y también la comparativa: a ver si no me voy a poder tomar mi cerveza porque haya gente que no se sabe controlar. Como puede verse, son argumentos que, entre otras cosas, deliberadamente se

desentienden de la dimensión social y de las implicaciones políticas del asunto, y centralizan el debate en el individuo y sus derechos. En la teoría burguesa de la libertad; la de, por ejemplo, John Stuart Mill. En mi opinión, sin renunciar a ésta, la cual también es legítima y defendible, hay que priorizar la obtención de otro tipo de libertad, fundamentada en el esfuerzo y en la superación: la que consiste en dejar atrás todo aquello que nos esclaviza como personas y como sociedad, sean adicciones, o sean estructuras injustas. Por ello me resulta reduccionista considerar la cuestión del consumo de psicofármacos como una mera relación entre el individuo y la sustancia. Puesto que no estamos junto a nuestra droga en una isla desierta o en una campana de vacío, hemos de incluir un tercer elemento: la sociedad. La relación así es triangular, y se da entre persona y sustancia, entre persona y sociedad, y entre sustancia y sociedad. Dicho de otro modo: cualquiera de nuestros actos tiene una implicación social y participa de dinámicas que se dan en sentido amplio, reforzándolas o contribuyendo a su aminoración. Un pequeño ejemplo: hay una mayor probabilidad de engancharse al tabaco cuando se ha sido educado en una familia de fumadores. Y es de creer que la inmensa mayoría de padres fumadores no desean que sus hijos se conviertan en adictos, y por lo tanto evitan hacer apología consciente de su uso de la sustancia en presencia de los menores. A pesar de ello, el patrón se transmite.

Dice la canción de Café Quijano:

*"Y siendo tan listo quien te ve y quien te ha visto
sin arte ni oficio, matándote a vicios.*

*Cerrando bares, qué más te da,
pagando amores, no das para más.*

*Y ahora tienes los huesos
con alcohol y sin besos
para pocos excesos. "*

Y sobre eso, para terminar, algo diré. Es idea que tomo prestada y reproduzco porque coincido con ella. Sin negar el derecho de autodestruirse que, en mi opinión, no debería impedirse a nadie, puesto que la libertad debe ser tan generosa que incluso permita a algún gilipollas renunciar a ella misma, haríamos bien en no consentirnos el engaño, ni el autoengaño. Ese adicto a drogas semanal que "lo lleva" aparentemente bien, sin problemas apreciables, puede llevarlo muy bien hoy, mañana y pasado, pero puede que al otro, con cuarenta y dos, o con cincuenta y tres años, o con sesenta, un día se despierte y descubra que su vida se ha ido a la mierda. Y no solo la suya, sino también la de su familia. Porque eso pasa, y pasa mucho, conviene tenerlo presente y no perderlo nunca de vista a la hora de formular teorías románticas sobre los derechos personales y la libertad de "experimentar" con, y consumir drogas.

Jo tío, como te pasas, -dirá alguien- vaya un sermón moralista que estás echando. Y la verdad es que aunque no sea lo que hoy se lleva creo que es importante que hagamos, también, valoraciones éticas y morales de las actuaciones propias y ajenas. Desde el respeto, por supuesto. En este caso, aunque mi visión acerca del fenómeno sea crítica, me parece respetable y en modo alguno reprimible el hecho de que si alguien se quiere drogar, pueda hacerlo a su arbitrio. Pero de ahí a tener que guardar silencio ante la apología del consumo va un trecho. Dicho de otro modo, drógate si quieres, pero no me vendas la moto de que es algo beneficioso.

Folleu, folleu, que el món s'acaba¹³

Junto a las drogas, el otro leiv motiv del ocio nocturno capitalista es el sexo. Salir una noche de pubs o de discotecas es un auténtico escaparate para los sentidos. Es un continuo recibir estímulos visuales, olfativos y táctiles relacionados con lo sexual. La producción hormonal se dispara. Las expectativas e imaginarios se desbocan. Una gran parte de la comunicación se vuelve una suerte de cortejo o parada nupcial, llena de códigos y de mensajes (gestos, miradas, roces, formas de bailar...) que se emiten en todas direcciones.

En esta puesta en escena participa la gran mayoría. Así, los integrantes de la fiesta se perfumarán, vestirán y adornarán según los parámetros exigidos por las modas respectivas que quedaron explicados arriba, pero casi siempre para gustar y despertar la atracción y el deseo sexual. Algunas personas llegan a padecer una auténtica obsesión enfermiza por el hecho de resultar atractivas. De ahí la proliferación de trastornos físico-alimentarios como la bulimia, la anorexia, la vigorexia... y el negocio de los gimnasios. En tal situación, suelen ser las mujeres las que cargan con la peor parte. No en vano estamos inmersos hasta los tuétanos en los valores del patriarcado. Y les pasa en todo. Para lo que aquí estamos considerando, les ocurre tanto en el vestir como en el follar, permítaseme el término. En el vestir, porque la cultura y la moda les animan a mostrar carne: escotes, muslos, espalda, ropas apretadas..., o a caminar de forma acrobática elevando antinaturalmente los talones. Eso se considera "sexy"¹⁴. Aunque haga un frío glacial podrá verse a no pocas féminas por la calle bien ligeras de ropa, avanzando sobre llamativos tacones. No es que sean tontas o masoquistas; es que, de alguna forma, así se les ha educado y se les exige para que quede patente su interés por la cuestión sentimental-sexual. Este tipo de cosas, entre otras, constituyen las diferencias "de género", que son siempre culturales. Naturalmente hablamos de mecanismos inconscientes. Y lo mismo pasa con la relación carnal, la cual, para tantos hombres será, cuando suceda, una especie de aquí te pillo aquí te mato y si te he visto no me acuerdo. Una muesca más para la culata de mi revólver y un motivo para presumir con los amigos. Comportamiento que -otra vez el género- no suele ser ni el habitual ni el deseado por la mayoría de las mujeres. Las cuales, además, en la relación heterosexual, corren con la mayoría de riesgos de enfermedad venérea y con todos los de embarazo no deseado. Temas bien tabú, por otra parte, y de los que no se suele hablar, ya que podrían empañar el buen rollo a salvo de peligros que debe acompañar necesariamente a todo lo festivo. Si sucede el embarazo no deseado o la enfermedad venérea, tanto en ellas como en ellos, el tema se zanjará de forma tan dramática como oculta y privada. Del buen rollo de la noche y sus *laissez faire*,

13 Dicho anónimo cuya traducción al castellano es "follad, follad, que el mundo se acaba". Como puede apreciarse, es una adaptación popular y malsonante del famoso "carpe diem" latino.

14 Leo con estupor que el último grito de la moda en EEUU es amputarse el dedo meñique del pie para favorecer el caminar sin dolor sobre altos tacones y plataformas.

se pasa directamente a comerse los marrones en solitario, o casi. Son los efectos colaterales de un modelo admitido de fiesta promiscua que, como pasa con otras cuestiones, tampoco en ésta destaca por promover la actuación responsable. Nótese que en esta cuestión me estoy refiriendo todo el rato a patrones mayoritarios y no a totalidades. Porque esta es otra viña del señor en la que de todo hay, y los roles a menudo se intercambian.

En nuestra sociedad industrial-capitalista la dimensión sexual está efectada por un doble fenómeno directamente inducido desde el poder. Por una parte hay una inflación de la misma, una sobrevaloración, una omnipresencia del sexo. Por la otra, y de forma aparentemente paradójica, pero en realidad complementaria, se da una banalización, una reducción de la sexualidad a sus planos más superficiales. Lo explico en más detalle.

Aunque Freud está francamente denostado por la actual ciencia psicológica, el mundo empresarial capitalista no opina lo mismo. De acuerdo con el sabio en que la sexualidad es un elemento clave de la personalidad, aquélla es ampliamente utilizada como autopista de acceso al subconsciente del individuo. ¿Con qué fin? Principalmente el de inducirle a consumir. No creo que sea necesario detallar hasta qué punto la sexualidad es empleada por la gran empresa como mecanismo subliminal en la venta de sus productos. Basta encender un rato la televisión o fijarse en los anuncios publicitarios de cualquier revista para comprobarlo. Los empresarios de la noche bien conocen esto y así, además de asegurarse de que no falte una máquina suministradora de preservativos en la antesala del baño de cualquier pub, se las arreglan para tener en sus barras camareras y camareros jóvenes, bellos, sonrientes a ser posible, y convenientemente vestidos para proclamar sus encantos. Está absolutamente demostrado que eso atrae clientes. Ni que hablar de los y las llamadas "gogós", cuya función es de puro y duro reclamo corporal.

El estímulo sexual es bombardeado, como digo, de muchas formas. En la fiesta de fin de semana en mucho mayor grado. La intención quedó dicha: que la gente consuma y que en fin de semana, de la mano del uso de sustancias embriagantes, lo haga en mayor medida. Droga, consumo y sexo, en la fiesta del Sistema, forman una tríada insuperable.

Como el aspecto sexual acaba siendo tan importante, cada cual habrá de adecuarse a los estándares reclamados. Eso supone adquirir objetos, ropa sobre todo, e invertir tiempo y dinero.

Así, teniendo en cuenta la suma de todas estas cosas, es como podemos hablar de inflación de la sexualidad. Además de los trastornos que decíamos antes, un efecto colateral es, precisamente, que a muchas personas se les desajusta la dimensión sexual, la cual pasa a adquirir un papel central y desproporcionado en sus vidas. Rebasando las fronteras de la propia intimidad, se convierte en una cuestión de estado. Es decir, en la piedra de toque para medir su capacidad relacional, su presitigio

personal, su éxito social. Mucha gente, tíos sobre todo pero no únicamente, padece una auténtica compulsión por el ligar-follar. Una adicción como cualquier otra. En este caso por el consumo interminable de cuerpos del sexo deseado, los cuales suelen ser de "usar y tirar". La instrumentalización y cosificación del cuerpo ajeno se da bajo diversas fórmulas. La más común es la descrita; la de los ardores pasionales reducidos a una única o a unas pocas veladas. Pero también se dan con gran frecuencia relaciones sexuales más dilatadas en el tiempo, pactadas por ambas partes o soportadas por una, o las dos, como mal menor, caracterizadas por su falta de entusiasmo y su carácter sustitutivo, o de último recurso, cuando opciones más apetecibles no resultan. Follamigos es elocuente término, recientemente acuñado, y de gran éxito, para describir situaciones de ese tipo. Hay auténticos especialistas que comparten cama con persona diferente prácticamente todos los fines de semana. No en balde, en el argot de la fiesta, lograr finalizar la noche disfrutando sexualmente de un cuerpo ajeno se denomina "triunfar". En esa clave de competitividad se enmarca el asunto. Si tal comportamiento sucede en el seno del ámbito "alternativo", en la práctica tendrá muy pocas diferencias, aunque, como suele ser habitual en todo lo que acontece en ese mundillo, será justificado con apelaciones a la libertad, la expresión, el encuentro, la espontaneidad, la comunicación etc. Sería interesante medir la cantidad de sufrimiento propio y ajeno que provocan estos patrones de conducta y comprobar en cada caso si salen las cuentas con respecto a la satisfacción y el placer obtenido. Por otra parte, también hay adictos fracasados o que simplemente son menos exitosos, que acaban, si son solventes, recurriendo a la prostitución como clientes esporádicos. Pronto, y según van cumpliendo años, permanentes. El sentimiento de soledad y de inseguridad del individuo, de los que ya hemos hablado, suelen tener no poco que ver con todos estos patrones, que tanto están haciendo por la profesión de los y las sexólogos.

Por la otra parte, tenemos que hablar de banalización de la sexualidad. Esta dimensión, volvamos a Freud, como decíamos, es de gran importancia en el conjunto de la personalidad. Pero, para convertirla en motivo y objeto de consumo, interesa su simplificación. Una vez más, también en este ámbito, el Sistema ha actuado de forma magistral en pro de sus intereses. Los elementos de tipo sexual en circulación, especialmente en el espacio festivo que estamos describiendo todo el rato, provocan un proceso de deconstrucción y de mutilación de la sexualidad como dimensión compleja. Así, ésta es vaciada de sus datos menos concretos, más difíciles de rentabilizar económicamente (comunicación, encuentro, conocimiento propio y mutuo, acuerdo, crecimiento, unión, opción, amor...) ¹⁵. Tras la mengua, queda apenas el aspecto corporal-genital y si acaso algunos restos de

15 Una función relacionada con la sexualidad que el sistema mantiene viva y en absoluto desprecia es la reproductiva. Al margen de amplias consideraciones políticas que se pueden hacer sobre el tema, señalar aquí el nada desdeñable negocio que se instrumenta en torno al embarazo, el parto y la primera infancia.

emocionalidad romántica, que también son aprovechables económicamente. La industria cinematográfica, por ejemplo, tiene aquí una de sus principales canteras de beneficios.

Tal rebaja de la importancia concedida al conjunto de la sexualidad, provoca que ésta ya no sea una frontera íntima inviolable, y que no se valore como elemento fundamental en la construcción de la propia personalidad (especialmente la emocionalidad). Ello es constatable en múltiples aspectos. Por ejemplo, en el aumento de opiniones que exigen la "normalización" de la prostitución y su conversión en un trabajo como cualquier otro, garantizado como "derecho" por la autoridad estatal, es decir, el Sistema (previo pago de impuestos)¹⁶. Queda así cerrado con broche de oro el círculo del control del individuo por parte del poder. Quienes defienden la estatalización o legalización de la prostitución, suelen argüir que no existe diferencia entre alquilar el propio cuerpo unas horas para la producción de un bien o servicio (el trabajo asalariado) y alquilarlo para el disfrute sexual de otra persona. Argumento baladí, puesto que las igualaciones han de pretenderse, en todo caso, en lo bueno y no en lo malo. Por supuesto todo es opinable, y no se habla aquí de cuestión que sea resoluble con fórmulas matemáticas. Pero, a mi parecer, sí existe diferencia entre una y otra cosa. Y aunque el trabajo asalariado no deje de ser en cierta forma y medida -en eso tienen razón- una forma de prostituirse, y también una forma de violencia, no es lo mismo prestar el esfuerzo y la habilidad, que someter el propio cuerpo, especialmente en su parte genital, a la intrusión no deseada de otro cuerpo. No es lo mismo, por extremar el ejemplo, hacer de canguro, que comerciar con el útero como vientre de alquiler. En todo hay grados, y en la puesta a disposición ajena del propio cuerpo y sus facultades, también los hay. Poca gente considerará en un mismo plano de igualdad recibir un bofetón que sufrir una violación. Más aún si hablamos de menores de edad, situación en la que todas las alarmas se disparan. No resulta lógico que esta distinción cultural entre corporeidad y genitalidad que la gran mayoría tiene clara para los últimos casos expuestos, no sea de aplicación al proxenetismo. Y si alguna lógica tiene, es la del propio interés del Sistema que venimos exponiendo.

Este estado de cosas tiene sus efectos colaterales. Quizá el más grave tenga que ver con la forma de acceso de la infancia y preadolescencia a la sexualidad. Y no me parece tan importante el que haya toneladas de materiales con contenidos sexuales explícitos a su alcance, como el que mamen e interioricen la ideología expuesta. Dice la psicología que en la pre y adolescencia es importante que

¹⁶ En este caso se vuelve a invocar de forma harto interesada el valor libertad, entendida ésta en su versión liberal-burguesa, la del individuo y sus inviolables derechos. Como si la facultad de autoalienarse, automutilarse y autodestruirse fuese algo a defender políticamente. Los apologetas de la libertad de las personas para malvender su sexualidad a quien pague por ella, a menudo se muestran contrarios, por ejemplo, a que otras mujeres vistan determinadas prendas culturales. En ésta última situación, pasando por encima de la propia visión de las concernidas, entienden que se da una mengua de la libertad de esas personas. La incongruencia es evidente.

el proceso de iniciación a la sexualidad sea natural. Con esto me refiero a varias cosas. Por ejemplo a que cumpla sus plazos: que sea una iniciación proporcionada al propio desarrollo corporal y a la socialización con personas de su edad. Que sea un proceso no influido, en la medida de lo posible, que hoy por hoy sí lo está, por instancias externas con intereses comerciales. Y al revés, que esté a salvo, en lo que se pueda, de los actuales condicionantes patriarcales y homófobos, así como de los tabúes moralistas y, en su defecto, que haya algún tipo de contrapeso externo. Pues bien, tal como están las cosas, a nadie debe extrañar que un, o una joven culmine su adolescencia con una dimensión sexual deficientemente construida, que reproduzca todos y cada uno de los conceptos consumistas y patriarcales que son inherentes al modelo de sexualidad que nos vende el sistema, y que incluso padezca alguna que otra alteración psicológica relacionada con la cuestión.

¿Hay alternativa -alguien me pregunta- a la deformación generalizada de la dimensión sexual que vengo describiendo? Claro que la hay: el amor. Pero para hablar de amor hay que ir más allá, tanto de los paradigmas que muestran las películas -que lo rebajan a emocionalidad sensiblera y poco más-, como del concepto aceptado de "enamoramiento", que está perfectamente diseñado y dirigido por el Sistema, y que en realidad viene a ser una especie de suma psicológica de deseo sexual y necesidad de sentirse en compañía. Egoísmo, al fin y al cabo.

El psicólogo marxista Erich Fromm decía estas mismas cosas, y además planteaba la idea de la presión social, sutil pero omnipresente, que empuja a cada cual a conquistar, a conseguir como pareja a la persona de mayor "nivel" a su alcance. El éxito y el fracaso social también tienen que ver lo suyo con esta cuestión, la cual a menudo pone en situación complicada a solterones y divorciados de ambos sexos. Opino que nadie debería dejar de leer su libro "El arte de amar", en el cual explica en qué medida la vida en una sociedad capitalista imposibilita para el amor verdadero. Y cómo éste, más allá de cualquier búsqueda de placer, acompañamiento, producto afectivo, o reconocimiento, es una opción por el otro, una búsqueda de la felicidad ajena, que consiste en actos de responsabilidad, compromiso, cuidado, respeto y aprendizaje. Y de libertad. "Si amas a alguien déjale libre. Si vuelve a tí es tuyo, y si no, nunca lo fue" K. Gibran. Hermosa y atinada frase, siempre que echemos a un lado el concepto de posesión que contiene. Estas opciones generosas, como premio, conducen a la propia felicidad. Una delicia el libro de Fromm, y una pequeña fuente de sabiduría.

Enamorados de la insania

Como de la moda juvenil, que cantaba Radio Futura en plena movida madrileña, mientras resonaba la voz del alcalde Tierno Galván diciendo aquello de "quien no esté colocado que se coloque". Nuestro modelo de diversión es físicamente exigente. Es una fiesta basada netamente en el exceso. Exceso de droga, exceso de comida, exceso de sexo, exceso de ruido, exceso de electricidad, exceso de vigilia, exceso de palabras, exceso de banalidad, exceso de consumo y gasto, exceso de esfuerzo.

A nadie escapa, si atiende a cómo se comportan la mayoría de los mamíferos en el reino animal, que pasar la noche en vela mientras se duerme la mayor parte del día no tiene demasiada lógica. De hecho, los trabajos asalariados con nocturnidad, salvo en empresas más explotadoras de lo normal, se suelen compensar económicamente atendiendo al daño que producen al organismo y a las circunstancias de la vida. Para que ese intercambio entre día y noche no fuese problema nos habría de haber dotado Dios, o la selección natural, entre otras cosas, de otro tipo de órganos visuales y auditivos. Menos lógica todavía tiene hacer el intercambio de forma discontinua, sumando periódicamente al día vivido despierto una noche en la que no se duerme. Si os fijáis en las películas italianas situadas en la primera mitad del siglo XX (Novecento, Amarcord...), las fiestas populares con baile se hacían al aire libre, siempre con luz solar. Aunque los enfebrecidos festeros lo desconozcan o prefieran ignorarlo, hay algo llamado biorritmo, del cual depende, en gran parte, nuestro estado de salud corporal y mental. Además, una cosa conduce a otras. Romper el biorritmo obliga casi siempre a tomarse algo para aguantar. Algo que, en todos los casos, contendrá gran cantidad de elementos tóxicos. Ese compuesto químico, junto con el resto de las sustancias ingeridas a lo largo de la noche, habrá de ser depurado después por el cuerpo, dando lugar a bajones físicos y psicológicos, resacas etc. Éstas (las resacas), a su vez, necesitarán largos periodos de recuperación, más o menos perdidos y sacrificados en el debe de la farra de la noche anterior, la cual así nos sale doblemente cara.

Para que la fiesta sea nocturna, que suele ser lo habitual, se precisan unos cuantos elementos. Por ejemplo, un buen aporte de electricidad, lo cual es cuestionable desde el punto de vista medioambiental. Otra cosa que suele hacer falta es un lugar cerrado, para evitarnos la lluvia y el frío si lo hace, y no molestar en exceso a la gente sensata y bastante más racional que nosotros que a esas horas duerme, o lo intenta. Es común que esos lugares cerrados se peten a ciertas horas, lo cual no es especialmente sano y natural (el aire se vicia, la mente se embota...). Y menos mal que ahora no se fuma en ellos. Por cierto, que resulta lamentable que haya tenido que ser una prohibición legal la que evidencie realidades tan obvias como que es atentar contra la salud y la libertad de los demás

el fumarles en las narices en espacios cerrados. Y una falta máxima de respeto. Lo mismo ocurre con el exceso de alcohol u otras drogas al volante. Ello dice bien poco del nivel ético de esta sociedad y pone de manifiesto la absoluta dependencia, de tipo infantil, con respecto a las autoridades. Hay toda una pulsión gregaria que empuja a concentrarse en lugares donde no cabe un alfiler. En vez de buscar y preferir espacios tranquilos y desahogados, la gente se vuelve loca por amogollonarse, por ir donde van todos y ser cuanta más gente mejor¹⁷.

También pasa que, en esos sitios atestados, la iluminación es oscura-destelleante (no muy bueno ni para la vista ni para el estrés), y el volumen de la música está a toda pastilla: magnífico para los órganos auditivos y para la armonía personal. Nótese la ironía. Resulta curioso y llamativo cómo ha llegado a imponerse el gusto por el sonido musical ensordecedor. Parece lógico que en un gran evento al aire libre se puedan instalar aparatos amplificadores para que el público congregado no pierda detalle de las interpretaciones. Sin embargo, la lógica se esfuma del todo cuando en locales pequeños y cerrados el volumen de amplificación de la música es tal que, no solo resulta peligroso para el oído, sino que dificulta, cuando no impide, toda comunicación entre las personas asistentes, las cuales deben optar por hablarse a gritos o renunciar a la palabra. Esto no solo ocurre en pubs y discotecas. Cualquier tipo de concierto de música industrial-eléctrica, por pequeño y alternativo que sea, reclamará el mayor volumen posible, muy superior por lo general a lo que sería necesario para escuchar perfectamente la actuación sin perder ninguno de sus matices. Sorprende la unanimidad de este deseo por el sonido ensordecedor y la falta de alternativas y críticas al fenómeno.

De la mano de esta cultura festiva capitalista, importada de Norteamérica, ha penetrado el gusto por la comida basura, el fast food. Las generaciones más jóvenes y, en general, las que participan de la noche, han dejado que sus paladares se adapten a la comida fuerte y artificialmente saborizada, en ocasiones con sustancias adictivas como el glutamato, que venden las cadenas multinacionales de pizzas y hamburguesas. Es sabido que los ingredientes cárnicos y vegetales empleados en dichos productos tienen orígenes poco éticos (desforestación, monocultivos, contaminación, desplazamiento de comunidades...) y también poco sanos (transgénicos, grasas saturadas, químicos, antibióticos...) Aún así, y a pesar de su clamorosa falta de calidad alimenticia, están desplazando a la dieta tradicional. ¿Qué nos pasa?

17 Buen botón de muestra es lo sucedido en la fiesta de Halloween 2012 en el recinto municipal Madrid Arena, en la cual murieron cinco adolescentes aplastadas por una avalancha. Pocos minutos antes, un conocido discjockey, protagonista de la actuación principal, se vanagloriaba desde el escenario de la impresionante asistencia, superior en varios miles al aforo de la sala. Este absurdo dato era celebrado con júbilo por los humano-ovinos presentes y apretados. Tal fenómeno consistente en desear la masificación no se circunscribe a los locales nocturnos, y podemos verlo también, por ejemplo, en las playas y principales destinos turísticos, o en los estadios de fútbol.

El más que extendido consumo de drogas es física y mentalmente nocivo en sí mismo, como quedó expuesto. Además del deterioro al que se somete al propio organismo en el momento de la ingesta, merced a los elementos tóxicos que contiene cada sustancia, hay que añadir los efectos acumulados. El cuerpo habrá de echar mano, a veces durante días, de recursos propios para neutralizar y eliminar las toxinas, así como para recuperar células y conexiones destruídas (en el caso del tejido nervioso, que es el que más afectan las sustancias drogantes, dicha recuperación no está asegurada). Si la fiesta y el consumo es habitual, hay que tener en cuenta el daño progresivo que se va causando a determinados órganos del cuerpo, algunos vitales (el cerebro también es uno de ellos; recordemos a esa gente que se queda "pallá" a base de tripis), y el incremento exponencial de las posibilidades de contraer cáncer.

No es todo. Las estadísticas muestran una escalofriante comparativa que relaciona la fiesta y el consumo de alcohol y otras drogas con percances, sobredosis, agresiones diversas (la mayoría de las machistas), homicidios y accidentes de tráfico. Los servicios de urgencia de los hospitales suelen tener harto trabajo a esas horas. Así la fiesta, la cual viene a consistir en un medio de buscar la felicidad, paradójicamente acaba convirtiéndose en una forma de poner en peligro la salud y la misma vida, propia y ajena.

La fiesta capitalista, que es nocturna, eléctrica y se basa en la música industrial, genera indeseables desplazamientos motorizados y produce también por sí misma, entre otras cosas, contaminación acústica y lumínica. Si no os lo creéis podéis preguntar al vecindario en las zonas de pubs, de botellón o de las raves. Por si fuera poco, hay no pocos capullos que arman escándalo en el exterior de los garitos, o mientras van de uno a otro a altas horas de la madrugada, andando o en coche con la música a tope, que se mean en los portales, se pelean, vomitan, abandonan botellas vacías, restos de comida basura, vasos de vidrio rotos y cosas por el estilo. Civilización occidental lo llaman.

La fiesta no es para viejos

Ni para niños. Ni para cualquiera que tenga familiares que atender (salvo que pague para que lo hagan otros). Tampoco, en muchos casos, para personas con alguna discapacidad. Y, desde luego, para las que no tengan dinero. El espectro de invitados a la fiesta es muy determinado y, para nada, abarca todo el cuerpo social. Al fin y al cabo vivimos en un sistema que es exclusivo y excluyente. ¿Por qué no habría de trasladarse eso a su parte festiva?

Volviendo al concepto de fiesta tradicional que se explicó más arriba, la utilidad y sentido de la misma era, entre otras, dar cohesión a la colectividad. En cambio, la fiesta industrial capitalista no logra ni pretende ese objetivo, sino que profundiza en lo contrario: la desvertebración, la atomización, y la destrucción, al fin y al cabo, de la comunidad. Decía Alexis de Tocqueville en su obra "La Democracia en América", escrita entre 1835 y 1840: "El despotismo, que por su naturaleza es tímido, ve en el aislamiento de los hombres la garantía más segura de su propia duración y procura aislarlos por cuantos medios estén a su alcance. No hay vicio del corazón humano que le agrade tanto como el egoísmo; un déspota perdona con facilidad a los gobernados que no le quieran, con tal de que ellos no se quieran entre sí." La fiesta "clásica" se celebraba en horarios y formatos asequibles, diversificados y adaptados a niños y mayores, jóvenes y viejos, mujeres y hombres, padres e hijos, casados y solteros (podemos recordar los partidos de fútbol que se hacían hace no mucho con estos equipos). En ella, una sociedad se encontraba, se divertía y se experimentaba como comunidad¹⁸. Hoy podemos decir que ese modelo ha sido prácticamente finiquitado. En su lugar se ha dado paso a un espacio lúdico darwinista con pretensiones diametralmente opuestas, manejado desde el exterior por agentes con intereses espúrios, y vaciado de su contenido democrático y popular. A él solo puede acceder la parte de la sociedad que cumple determinados requisitos de solvencia económica, física y social, y el resto queda excluido. Llama la atención que acontecimientos extraordinarios, como por ejemplo las bodas, sean esperados con ansiedad por todas estas personas que de habitual no tienen acceso a los ritos festivos convencionales. Cómo dichas personas disponen con notable antelación y con enorme interés su vestuario y su arreglo personal, y cómo, una vez en ellas, se esfuerzan por participar e imitar (a veces con lastimosos resultados) las formas de actuar de la gente más joven, la cual y a diferencia de otras épocas, es la que marca en todo el patrón festivo del grupo. Este tipo de celebración social es uno de los pocos resquicios que le quedan a la gente mayor para poder participar en una fiesta junto a miembros de

18 Nada que ver con las fiestas de la burguesía o "alta sociedad", estereotipadas y afectadas, diseñadas para lucirse y distinguirse entre la propia clase, así como para ostentar poder y riqueza. Este tipo de diversión "exclusiva", frívola y vanidosa sigue existiendo hoy, actualizada, alrededor de los centros de poder económico.

otras generaciones. De ahí su pervivencia. Bueno, de ahí, y del dinero que mueve el tema, faltaría más. Por otra parte, la cara siniestra del asunto puede verse en las restricciones de acceso que imponen algunos lugares de diversión nocturna. Los musculados "porteros" de determinados garitos impedirán la entrada a quien no vaya convenientemente vestido en el mejor de los casos, o a la clientela que hipotéticamente podría hacer disminuir "el nivel" del establecimiento -minorías étnicas y raciales sobre todo-, en el peor.

Resulta curioso que quienes son admitidos jamás caen en la cuenta de que tal cosa funciona así y en que, de alguna forma, son unos privilegiados. Aunque es muy posible que del ser informados de ello solo resultara indiferencia. Hasta que pasan los años y uno de esos últimos mohicanos que se ha resistido con uñas y dientes a renunciar a su fiesta a pesar de tener compromisos familiares (o divorciados y divorciadas que retornan a ver qué hay por ahí), se descubre una noche en un pub y constata con pánico que la persona concurrente de mayor edad después de la suya, no tiene más años que su hija menor. Pavoroso descubrimiento que a menudo hace aflorar otras constataciones que se habían ido alcanzando inconscientemente poco a poco: que las resacas son cada vez más matadoras y duran más días, que la música y las bebidas combinadas que a uno le gustan están pasadas de moda, o que las personas del sexo deseado, cuando uno o una cumple ciertos años, si le miran, se comportan como si su cuerpo fuese invisible.

Otra cosa. Suele ser normal que quien salió de marcha el sábado por la noche, requiera de prácticamente toda la mañana del domingo para dormir y recuperar su maltrecho cuerpo, así como sus desconcertadas neuronas (ay del colectivo integrado por personas jóvenes que pretenda mantener reuniones los sábados o los domingos por la mañana). Mi amigo el profesor de Formación Profesional se queja del gran absentismo que sufren sus clases los viernes, desde que se puso de moda, primero entre estudiantes y después entre todo tipo de gente, salir de fiesta también los jueves por la noche. Por lo general el descanso tras la juerga durará todo la jornada, ya que por la tarde, aunque despierto, se mantendrá en un tono físico y anímico más bien bajo. El malhumor y las escasas ganas de compañía, estarán a la orden del día. Por suerte no somos supermanes y el cuerpo, que a veces es más racional que nosotros mismos, nos impone ciertos frenos. Este hecho tiene importantes implicaciones sociales. Si partimos de que lo habitual en nuestra sociedad industrial-urbana es que, de lunes a viernes, la mayoría emplea la parte principal de la jornada en cuestiones laborales, estudiantiles y productivas en general, y que el sábado suele ser día de compras y organización doméstica, el domingo es el momento que queda realmente como variación. Es el día adecuado para salir al campo y disfrutar de la naturaleza quien vive en la ciudad -cosa bien necesaria por otra parte-, para trabajar el propio desarrollo personal (meditación, lectura, escritura...) y especialmente para compartir, comunicarse y crecer con la familia, los seres queridos

y la comunidad. Nada de esto tendrá lugar, y la persona se reincorporará en condiciones deplorables al ciclo laboral de su semana sin haber gozado y participado de estas realidades, si su domingo se consume como peaje de recuperación al sábado noche de excesos. Peor si se empalman noches festivas de viernes y de sábado, y aún peor si hay más días afectados. Si tal comportamiento se perpetúa en el tiempo se producirá una brecha, un divorcio entre la persona y su entorno más inmediato, el cual irá siendo sustituido por sus cómplices de fiesta. Aunque sus acompañantes en la juerga puedan sentirse felices de contar con su amistad, su familia, su verdadera gente, le echará de menos en las mejores horas de la semana, esas en las que suceden y se construyen la mayoría de las cosas importantes de nuestras vidas. Las que son reales y no virtuales. No viene mal ponerse en este interrogante: si sobrevienen dificultades de entidad en la propia vida, ¿cuales son las personas con las que una puede contar de verdad? Pues eso.

Concluyendo

En la conocidísima obra de Julio Cortázar "Historias de Cronopios y de Famas", el autor presenta simplificadas tres tipologías humanas. El cronopio es el ser original y autorreflexivo que aspira a la libertad. Su racionalidad le conduce a lo contemplativo y en ocasiones a lo humorístico, pero siempre a la ruptura con la inercia obligatoria de la rutina social y el prosaísmo de la mentalidad dominante. Desde esta perspectiva nietzschiana "por encima del bien y del mal", participa de cualquier dinámica general sin mayores problemas, pero siempre desde su originalidad propia y chocante. El fama, en cambio, es la representación de la mentalidad burguesa, cómodamente instalada en el Sistema, seguidista de lo que hace la mayoría, conservadora, pendiente del qué dirán y utilitarista a ultranza. La última figura descrita es la de los esperanzas, seres que renuncian a lo racional, tanto en el sentido libertario de los cronopios, como en el pragmático de los famas. Cual si estuvieran lobotomizados, los esperanzas viven a base de estímulos sensoriales y emociones. No tienen pendencia con nadie y son felices así, cual lo es un helecho que recibe el rocío del amanecer.

En una noche festiva cualquiera de nuestra sociedad hallaremos estas tres tipologías, pero sobre todo las dos últimas. La mentalidad de los famas es predominante en el conjunto de la sociedad, por lo cual no es nada rara de ver en la mayoría de lugares de diversión. Y la de los esperanzas, siendo menor, tiene sus espacios, sus reductos propios. Detengámonos un momento en este tercer arquetipo.

Entre las mentalidades inquietas que reflexionan y buscan cómo actuar (para bien o para mal) y las conformistas que dan por válido el cómo son las cosas, hay un sector de personas que, teóricamente disconformes con el status quo, harán por separarse y distinguirse, pero evitando cuidadosamente dos cosas: reflexionar demasiado (no vaya a ser que...) y participar en acciones transformadoras que las puedan comprometer seriamente. Este tipo de personas subliman su supuesta disidencia y la convierten en pose y en estética. Ya hablamos arriba de modas reactivas. De ahí, por ejemplo, el fuerte auge de todo tipo de expresiones artísticas que colonizan las llamadas redes sociales de internet y cada vez más espacios de ocio nocturno. Que estas cosas sean así, llegando a afectar incluso a los individuos de la sociedad que podrían considerarse como más inconformistas, lúcidos o críticos, habla bien de la inteligencia del Sistema, el cual ha logrado conquistar hasta a los espíritus más acendrados.

Como está dicho, no puede haber libertad sin verdad. Para ello, el objetivo nunca puede ser pretender disponer de axiomas absolutos que proclamar a los demás. Eso sería funesto y conduciría más bien al punto contrario. Se trata más bien de esforzarse en alcanzar el mayor conocimiento

posible que permita mantenerse a salvo de ignorancias y engaños. Vivimos en un Sistema que es político y económico pero también ideológico. Así, el poder, a lo largo de décadas y de siglos, ha ido tejiendo un manto de estados de opinión que todo lo cubre y que a todos los rincones llega. De la misma forma, ha desarrollado increíbles y variados instrumentos para que esa opinión esté siempre alimentada y dentro de los cauces deseados. El fruto de ese magno esfuerzo es que todos acabemos viviendo en mitad de una colosal mentira. Y no tanto por dar crédito a ideas que son netamente falsas -que también-, sino, sobre todo, por falta de sabiduría y reflexión.

Nuestras fiestas podrían ser de otra forma. Como podrían serlo nuestras relaciones personales, nuestra economía, la propia sociedad en su conjunto y nuestras mismas propias vidas individuales. Pero todas esas realidades las vivimos siguiendo inercias y adaptándonos a patrones predeterminados. El objetivo que de alguna forma se programa en nuestras mentes, es el de que hay que aprovechar las ventajas y minimizar los peajes que nos supone existir en esta sociedad y en este tiempo concretos. El individualismo egoísta en definitiva. Éste consiste básicamente en anteponer siempre, o casi siempre, nuestros deseos e intereses al beneficio colectivo. Verbigracia, si acudir a un concierto (o a un partido de fútbol) es incompatible con asistir a una asamblea de la organización a la que pertenezco, elijo lo primero puesto que la realización de mis deseos hedonistas prima, y está socialmente justificada, frente al compromiso arduo. Lamentaré la falta de financiación de mi colectivo, y me sumaré a propuestas discutibles, como la organización de fiestas con venta de alcohol, para tratar de resolver el problema. Pero al mismo tiempo gastaré sin grandes cortapisas el dinero que podría invertir en los proyectos de mi grupo político, saliendo de fiesta cada fin de semana, sin perdonar uno¹⁹.

En ese cotidiano actuar según los modelos que recibimos y que vemos alrededor, se nos olvida todo el rato el pararnos a pensar en el sentido último de las cosas que hacemos, en el a ver porqué son y tienen que ser así, y en si no podrían ser de otra manera.

Sin embargo, y aunque constituya una aparente contradicción, que el Pensamiento Único exista no nos libra de nuestra propia responsabilidad. Por suerte, somos seres con uso de razón y conciencia. Los mecanismos que el Sistema pone en juego para adoctrinarnos no pueden anular por completo nuestra decisión personal y nuestra obligación de conocer; nuestra libertad, en definitiva. En realidad, si lo analizamos a fondo, resulta que casi nada de lo que nos ocurre sucede sin nuestra aprobación. Somos cómplices de la mayoría de las dinámicas personales y sociales en las que nos

19 El ir a conciertos, a cenas, salir de fiesta y desfasar ha venido a ser considerado un derecho y casi una necesidad básica, indispensable para la autorrealización personal, y equiparable a otras como el alimento y el vestido. Normalmente por parte de esas amplias capas de personas en adolescencia prolongada e indefinida que, por vivir con sus padres y sin cargas familiares, tienen cubiertas las que el resto consideran que son las verdaderas necesidades vitales.

sumergimos y de las que participamos Y cuanto más nos empeñamos en cerrar los ojos somos responsables en mayor medida, lo aceptemos o no, de las consecuencias de nuestros actos y omisiones. Programación social y responsabilidad individual: esa es la dualidad en la que se da nuestra existencia.

Sirva todo este escrito como invitación a la reflexión y a la consciencia. Si habríamos de estar en permanente observación y análisis de la realidad para poder ser, en lo posible, dueños de nuestras vidas y no ligeras marionetas en las manos de otros, la alerta ha de ser mayor cuando se trata de nuestros propios actos. Si no me he explicado mal, el lector habrá podido advertir que la fiesta como fenómeno en nuestra actual sociedad está repleta de trampas que el propio Sistema dispone y esconde bien. El objetivo viene a consistir en anularnos como conjunto social y como individuos. Dominarnos en pro de su interés, en definitiva. Lejos de ser una dimensión que nos ayude a autoconstruirnos como seres humanos, más bien es un medio de degradación a muy diferentes niveles. Nuestro control y alienación no solo se materializa en los momentos festivos, pero en ellos tal fenómeno se puede visualizar de forma privilegiada. La conquista y arrebato de nuestra parte festiva y celebrativa, atendiendo a todo lo expuesto anteriormente, podría tener una gran relevancia, y podría ser un cabo principal desde el que el Sistema estira en pro de su interés.

Si hay un sector social dinámico y fuerte, potencialmente inconformista con el orden establecido, y capaz de encabezar movimientos de cambio, éste es el de la juventud. Pero será difícil que los miembros de esa juventud sean críticos primero, para comprometerse en luchas generosas después, si la mayoría de sus energías son canalizadas hacia el sumidero del hedonismo y la autocomplacencia individualista. Queda así decapitado de raíz, y en su mismo momento de origen, el nudo gordiano de lo que podría constituir la resistencia y oposición al Sistema. Sería bueno que cada cual reflexionara sobre las argumentaciones expuestas, y viera en cuántas de las definiciones se siente reflejado. Y que calibrara hasta qué punto tales cosas le afectan en tanto persona, y con respecto a los sueños que pueda tener como animal político. Sueños que si no se tienen, hay que preocuparse, y mucho.

El panorama que he ido dibujando quizá resulta bastante pesimista. Desolador incluso. Como si todo lo que hiciésemos fuese un estar enfangados hasta los ojos. Sin embargo la idea que me anima a redactar viene a ser la contraria: que la autenticidad y el distanciamiento de las peores nocividades del Sistema y la recuperación de lo que éste nos ha arrebatado, no son nada que no pueda lograrse. No hablamos pues de autoflagelación, sino de invitación a la verdad como paso previo hacia la libertad.

Hablando de procesos de despertar y toma de conciencia, lo cierto es que no le tengo mucha fe a la catarsis como motor de cambio duradero. Siempre me pareció que esos ramalazos de intensidad

emocional tienden a la vida efímera, aunque deslumbrante, de un fuego artificial. Menos aún me gustan los efectos péndulo: el pasar de golpe y porrazo de un extremo al otro²⁰. No soy de la idea de que la nuestra debería ser una sociedad de ascetas. Sí creo, en cambio, y entiendo como un proceso más natural, sobre todo si nos referimos a cambios de mentalidad, en las cosas que van evolucionando poco a poco, abonadas por convencimientos interiores que se adquieren y posan sin presión externa, y con ayuda del tiempo.

El radicalismo inmediateista y voluntarista, por lo común, nunca lleva muy lejos. Es una prenda destinada a gastarse. En cambio, sale mucho más a cuenta aprender a saberse imperfectos y llenos de contradicciones. Sería maravilloso no tener sobre nuestras espaldas tales limitaciones, pero éstas, están ahí. Y negarlas es cerrar los ojos a la propia realidad. Mas, eso sí, el ser conscientes de la propia limitación tampoco nos aportará nada bueno si de ello resulta resignación y acomodamiento. Al fin y al cabo lo más cercano a una clave que dirija hacia la autorrealización es el ser una persona a la vez auténtica y equilibrada. Bien lo saben los budistas. Alguien me decía, y es otra idea que tomo prestada, que la vida solo vale la pena ser vivida si es una existencia "con calidad". Y no se refería a un bienestar material, sino a la satisfacción de saber en todo momento que se hace lo que es conveniente para el bien propio y colectivo. Y esa búsqueda de lo bueno debería ser la pauta que determine cualquier decisión tomada, de la más banal a la más trascendente. De este modo, en ocasiones puede ser preferible perder la propia hacienda, la libertad (por el ingreso en prisión) y la misma vida física si la otra opción es seguir viviendo una existencia adocenada, indigna o inmoral. "Lo hermoso nos cuesta la vida", cantaba Silvio Rodríguez.

Quisiera ahora traer a colación una reflexión de Simone Weil: *"... Esos momentos en que los poderosos conocen a su vez, por fin, lo que es sentirse solo y desarmado, no perduran, aunque los desdichados deseen ardientemente verlos durar para siempre. No pueden durar, porque esa unanimidad que se produce en el fuego de una emoción viva y general no es compatible con ninguna acción metódica. Tiene siempre por efecto suspender cualquier acción y detener el curso cotidiano de la vida. Ese tiempo de parada no puede prolongarse; el curso de la vida cotidiana debe seguir, las tareas de cada día tienen que llevarse a cabo. La masa se disuelve de nuevo en individuos, el recuerdo de la victoria se difumina; la situación primitiva, o una situación equivalente, se reestablece poco a poco y, aunque en el intervalo los años hayan podido cambiar, siempre son los mismos los que obedecen"*²¹. Y lo copio en este escrito porque creo que tiene mucho

20 Esas afirmaciones han de admitir una salvedad. Si hablamos del abandono de una droga o adicción, en esa circunstancia sí será importante la decisión drástica y en muy escasos, irrisorios, casos servirá el tratar de dejarla poco a poco.

21 El párrafo procede de "Escritos Históricos y Políticos", de la escritora y pensadora francesa Simone Weil, textos redactados entre 1927 y 1939, y publicados en castellano por Trotta en 2007,

que aportarnos y bastante relación con el tema tratado. Cualquier revolución, cualquier cambio social que valga la pena, no podrá hacerse conquistando centros de poder (la Historia demuestra que tal cosa reproduce los viejos mecanismos de dominación, pero con nuevas caras), ni tampoco con movimientos callejeros efervescentes. Si anhelamos cambios de verdad, habremos de conquistarlos, de edificarlos, en la propia cotidianeidad de nuestras vidas, en ese ámbito donde nuestra lucha puede ser de un día, de otro, de otro y de todos los que tengamos por delante. Ese espacio al que apenas damos importancia como tablero en el que se juega la partida. Y no puede haber tal evolución colectiva si no va de la mano del cambio personal, que ha de ser interior y también externo. ¿Qué lógica y qué capacidad de transformar las cosas puede tener una persona que ocupa dos, cinco, diez horas de su semana a la denuncia del Sistema, mientras pasa las restantes dependiendo en todo de él y colaborando en todas y cada una de sus dinámicas? Cambiar la sociedad -también y principalmente- tiene que ver con lo íntimo y cotidiano: la familia, nuestra manera de trabajar, de consumir, de relacionarnos, de viajar, de soñar, de resolver nuestros problemas y necesidades y... de disfrutar.

Como vengo diciendo, el conocimiento faculta para la libertad. La mayoría de las veces se adquiere a través del contacto testimonial entre unas y otras personas, y muy pocas por la propia cuenta o por la propaganda. De ahí la importancia de la interpelación y la reflexión compartida (interpelación que de ninguna de las maneras podrá suceder si solo es cuestión de palabras, de discursos, y no de hechos de la propia vida).

Su objeto es el de ser conscientes de las propias actuaciones, logrando ser capaces de advertir todas sus implicaciones y consecuencias. El acto de conocer prepara el ánimo para los cambios, los cuales, en último término, -como es natural- han de ser responsabilidad y decisión de cada cual. Y no se trata de variar los propios hábitos por voluntarismo o militantismo. Es la misma vida quien los debe reclamar para que puedan darse en forma natural. Me parece preferible que una persona siga experimentando lo que le ofrece la fiesta del Sistema en tanto no ha tomado conciencia de sus nocividades, a que la abandone por algún tipo de presión externa culpabilizadora. Hay que considerar también procesos y grados, y como decía arriba, ser capaces de tolerar cierto nivel de contradicción propio y ajeno, siempre que se esté en proceso de superación. Como en tantas otras cosas, aquí tampoco todo es blanco o es negro. Esta posibilidad de evolucionar sin presiones, y solo de esta manera, debe ser vista como fuente de posible realización personal y también como camino a recorrer para la regeneración social.

Hemos argumentado una serie de razones que recomiendan hacerse críticos primero y, en la medida de cada cual, prescindir después de buena parte de los elementos de la diversión institucionalizada que estamos estudiando. Incluso de todos o la mayoría de ellos. Pero a la reflexión y examen personal cabe añadir también una forma social de verlo. Cualquier colectividad organizada que aspire a transformar la sociedad de verdad se verá en la obligación de proporcionar alternativas y soluciones a cada necesidad común. Desde las más perentorias a las más "culturales". Como quedó dicho, la fiesta es una dimensión imprescindible en toda sociedad y es una importantísima herramienta cohesionadora de la misma. Por ello, también es de la mayor importancia definir qué modelo de diversión colectiva proponemos para una futura sociedad mejorada.

Necesitamos fiestas que sean distintas a las actuales. Porque seguimos teniendo la ancestral necesidad de jugar, de romper con la rutina, de relajarnos, de socializarnos, de sentirnos y construirnos como comunidad, nos es imprescindible dotarnos de espacios en los que podamos cantar, bailar, divertirnos y encontrarnos de otra manera. Espacios que no estén presididos ni por la droga, ni por el sexo deconstruido ni por el consumo. Ámbitos que permitan el acceso por igual a mujeres y hombres, adultos, niños y ancianos, en los que prime lo colectivo, y no el hedonismo individualista. Ni lo mercantil. Momentos para hacer presente la memoria del pueblo, su cultura, y sentirnos parte de un todo. Decía Emma Goldman: "si no puedo bailar, tu revolución no me interesa". Pues precisamente, porque deseamos esa revolución humana, también hemos de construir esos espacios en los que podamos bailar mientras la hacemos.

No solo eso; hay que tener claro en qué medida nuestra propuesta puede ir siendo viable desde ya, y puede ir materializándose como alternativa transformadora y como referente. No hablamos únicamente de cosas que sucederán en un futuro más o menos lejano. Y aclarar también en qué grado, por nuestra parte, somos capaces, como grupo, de ir dejando de mantener y colaborar con aquéllo que deseamos superar. No son pasos fáciles de andar -hay muchas cosas en juego- pero tampoco imposibles. Querer es poder, y la nuestra es una bella causa. Salut.